

Carta Pastoral N°2: “Jesucristo Ayer, hoy y mañana” (XI Congreso Eucarístico Nacional)

Nota previa

La presente Carta Pastoral va acompañada -a modo de anexo- de un cuestionario especial. Este se ofrece como una ayuda para su estudio, sea éste personal o en grupos, ayuda que cada cual puede aprovechar de acuerdo a sus necesidades: seleccionando algunas preguntas de mayor interés, o utilizando el conjunto. En este último caso, el estudio de la Carta Pastoral se convierte -a la vez- en una reflexión cristológica y una revisión de vida que pueden cubrir fácilmente todo el período de catequesis (julio-agosto) del Congreso Eucarístico.

El carácter más vital y práctico de muchas preguntas permite, también, adentrarse con mayor facilidad en el texto de la Carta Pastoral, cuyo lenguaje puede resultar a veces demasiado denso y teológico.

Como método práctico sugerimos ir estudiando la Carta Pastoral por temas, de acuerdo a los diversos títulos. Y abordar cada tema, leyendo primero todas las preguntas. Así se despierta la atención por el contenido del texto y se parte hacia él con una actitud de búsqueda. Después de leído éste, evidentemente, se vuelve a las preguntas, para responderlas de a una, aportando cada cual su propia opinión y, luego, comentarlas en común. Pero para no limitar la riqueza del mensaje de los obispos, debe plantearse siempre, al concluir cada tema, otra pregunta final: qué cosas más le dijo a cada uno el texto leído. Para facilitar el empleo de este método propuesto, junto a cada título se indicará la numeración y la página en que aparecen las preguntas correspondientes.

Este trabajo puede resultar más interesante si, además, se toma el tiempo necesario para buscar y leer las referencias bíblicas y de Puebla indicadas en las notas.

INTRODUCCION

Nos volvemos a Jesús

(Ver preguntas N° 1-3)

1. "¡Abramos las puertas a Cristo!" Con este lema hemos convocado el XI Congreso Eucarístico Nacional. Desde nuestra situación chilena, desde nuestras dificultades y teniendo presente siempre nuestra realidad, viendo lo que somos y cómo estamos, hemos creído necesario volvemos a Jesús para aprender de El. Volverse a Cristo no significa silenciar nuestros problemas, u ocultar los conflictos de nuestra sociedad. Jesús no es evasión.

2. Volverse a Jesús, unirse a El, seguirlo, es aprender de El -de su Palabra y de su Espíritu- cómo debe vivirse la vida, cómo deben enfrentarse las dificultades y cómo podemos colaborar en la construcción del reino de Dios.

3. En Chile, hoy, hay mucho que hacer para construir la paz, para responder a los anhelos de justicia, de fraternidad, de respeto y de verdad. Queremos que Cristo sea nuestro Maestro y nuestro Guía. Queremos que El nos corrija, nos dé fuerza y valor, nos dé esperanza.

4. Al abrir nuestras puertas a El, deseamos también poner a nuestra Iglesia en la línea de las grandes opciones de Puebla, que pretenden encarnar entre nosotros las mismas grandes opciones del propio Jesús.

Jesucristo Siempre

(Ver preguntas N° 4-6)

5. El apóstol San Juan, desterrado en la isla de Patmos, fue arrebatado en espíritu y pudo contemplar en su gloria a ese Señor Jesús por cuya causa se veía perseguido y privado de libertad. Esa extraordinaria experiencia, la dejó él mismo consignada para las futuras generaciones de creyentes, en las siguientes palabras:

6. "Vi a alguien que parecía Hijo de hombre, vestido de túnica talar y ceñido a la altura del pecho con un ceñidor de oro. Los cabellos de su cabeza eran blancos como lana blanca o como nieve; sus ojos, como llama de fuego; sus pies, semejantes a bronce incandescente en un crisol; y su voz, como el estruendo de muchas aguas. Tenía en su mano derecha siete estrellas; de su boca salía una espada aguda, de dos filos; y su semblante era como el sol cuando brilla en su esplendor. Apenas lo vi, caí como muerto a sus pies. Pero El puso su diestra sobre mí y me dijo: 'No temas. Yo soy el primero y el último, y el Viviente. Estuve muerto, pero mira: estoy vivo por los siglos de los siglos y tengo en mi poder las llaves de la muerte y del Abismo ", (1).

Un año de conversión a Cristo

(Ver preguntas N° 7-12)

7. En todo tiempo, pero sobre todo en los momentos en que debe enfrentar situaciones conflictivas y difíciles, la Iglesia se ve llamada a despertar su fe y volver sus ojos a ese Señor que, sin perjuicio de su existencia gloriosa junto al Padre, sigue presente en las comunidades de creyentes, siempre atento a sus progresos o a sus cobardías, a sus deficiencias o a sus pruebas de fidelidad (2). Por eso hemos querido que este año 1980, marcado por la celebración del XI Congreso Eucarístico Nacional, sea de modo especial, un año de Cristo: año de intensa conversión al Señor, de reencuentro hondo y vital con El. A fin de reavivar así la misión que tiene la Iglesia de continuar la obra de Jesús en medio de nuestras comunidades y nuestra patria.

8. Esta Carta Pastoral desea ayudar a dicha conversión a Jesucristo. Fundamentalmente quiere estimular la búsqueda de la presencia viva del Señor entre nosotros y de su rostro verdadero, más allá de los enfoques interesados y parciales que hoy día, con tanta frecuencia, empañan, deforman o mutilan su figura en diversos sentidos (3).

9. Por eso encarecemos la lectura, meditación y estudio de estas páginas, incluida la reflexión sobre el cuestionario anexo, tanto en forma personal como comunitaria: ¡acojamos al Señor, que a través de ellas golpea a nuestra puerta! ¡abrámosle y dejémosle entrar! ¡contemplémosle con gozo! ¡centrémonos en su persona! Entonces El

nos ayudará a descubrir y a vivir la vocación esencial que tenemos como cristianos y como Iglesia.

10. En este año, los cristianos tendremos que hacer conscientes de que nuestra adhesión a Cristo, como al único Señor absoluto, nos obliga a superar -corrigiendo y a veces relativizando- los motivos de las divisiones internas que nos mantienen distanciados entre nosotros, encerrados en nuestras ideologías y suspicacias. Pues Jesús desenmascara y ayuda a vencer el pecado -personal o social- que es la causa profunda de toda división. Esto mismo debe impulsarnos no tanto a continuar culpando o acusando a otros, sino -antes que nada- a reconocer cada uno nuestro propio pecado ante el Señor (4). Es el único camino hacia la reconciliación de Chile: que comencemos por abrirle a Jesús las propias puertas, al confesarnos pecadores y, por lo mismo, necesitados personalmente de su salvación. Entonces El entrará y podrá convertir nuestro corazón en un corazón de hermano, más semejante al suyo. Es la condición para luchar eficazmente por una sociedad también más fraternal (5).

11. Por otra parte, la Iglesia, como conjunto, tendrá que dejar en claro que ella no posee -ni quiere poseer- más riqueza que Cristo. Y que la persona de Jesús y su fuerza salvadora es lo único que ella tiene para ofrecerle al país (6): porque en Cristo se encuentra la raíz de toda liberación verdadera y de todo crecimiento en paz, justicia y fraternidad.

12. Más adelante, a lo largo de este mismo año, entregaremos otras Cartas Pastorales en las que nos referiremos principalmente -y con más detalle- a nuestra reconciliación en el Señor, al misterio de la Eucaristía ya la misión de la Iglesia de Cristo frente a los hombres y al mundo. Por eso en estas páginas tocaremos de modo muy breve dichos temas, limitándonos a algunas sugerencias, que puedan servir como punto de partida para nuestras futuras reflexiones. Pues, por ahora, nuestro propósito es centrar la atención en el encuentro con la persona del Señor, y en las exigencias y consecuencias más inmediatas y fundamentales que de ello se derivan, de modo que podamos vivir mejor nuestra fidelidad a Jesús Resucitado.

13. Ese Cristo resucitado, viviente hoy como Señor de la Iglesia y de la historia, le da sentido a nuestro presente en la medida en que lo sitúa entre un pasado y un futuro también llenos de Cristo. Pasado y futuro que no poseen valor salvífico sino por referencia a su persona: pues El, "el Viviente" de hoy, es "el primero y el último". En otras palabras, la fe cristiana nos hace proclamar con el Nuevo Testamento: "Jesucristo ayer y hoy, y también por la eternidad" (7).

PRIMERA PARTE JESUCRISTO AYER

1. LA HISTORIA DE JESUS Y NOSOTROS

La Vida Histórica de Jesús
(Ver preguntas N° 13-15)

14. Jesucristo irrumpió en la historia hace casi dos mil años. Pero la fe cristiana, apoyándose en la riqueza única e incomparable de su ministerio histórico y de su nueva condición de Resucitado, comprendió muy pronto que El había presidido ya las etapas anteriores de la Historia de la Salvación (8); que El había sido la Palabra creadora con que Dios -al principio- hizo el cielo y la tierra (9); que El había existido desde siempre como Hijo amado de Dios, en comunión íntima y total con su Padre (10).

15. Sin embargo, todo lo que podemos entrever y afirmar acerca del carácter o de la actividad del Hijo de Dios con anterioridad a su manifestación en la historia como Jesús de Nazaret, encuentra su fundamento y punto de partida en lo que este Jesús "hizo y enseñó" (11) durante su ministerio: es decir, en lo que nuestros evangelios nos refieren de El. Y también es esta actuación histórica de Jesús la que le da un contenido concreto y preciso a nuestra fe en el Señor glorificado. No hay, pues, discontinuidad entre el Hijo eterno de Dios, Jesús de Nazaret y el Cristo celestial. Lo propio de la fe cristiana reside en poner igual énfasis en estas dos afirmaciones: "Jesús, ese hombre concreto, que vivió entre nosotros, es el Hijo de Dios y el Señor glorificado", y "El Hijo de Dios y el Señor glorificado es Jesús, el Hijo de María de Nazaret".

16. Así, pues, la necesidad de estudiar esmeradamente la actuación histórica de Jesús, como la presentan los evangelios, no corresponde a una simple curiosidad científica o a un afán erudito por escarbar el pasado, sino a la exigencia más radical de nuestra fe cristiana: porque sólo a partir de allí podemos conocer plena y auténticamente al Señor. Y, también, reconocerlo hoy, cuando El se nos acerca en nuestra propia vida, a través de los hombres o de la experiencia de nuestras comunidades.

La Lectura de los Evangelios

(Ver preguntas N° 16-19)

17. Invitamos, pues, a todos los fieles católicos a que, en este año, lean y releen, mediten y traten de asimilar a fondo los cuatro evangelios; Con alegría debemos reconocer que en nuestras comunidades ha crecido notoriamente en los últimos años el amor por las Sagradas Escrituras y, en especial, el conocimiento de los evangelios. A ello ha contribuido en gran medida el esfuerzo de renovación de nuestra catequesis y las responsabilidades que en este ámbito han ido asumiendo activamente los laicos. Sin embargo, nos queda aún mucho por avanzar. El Congreso Eucarístico nos brindará para ello la mejor oportunidad.

18. La Palabra escrita de Dios es camino privilegiado hacia el encuentro con Jesucristo, Palabra de Dios hecha carne (12). Es también un lugar clave de convergencia con los hermanos cristianos pertenecientes a otras confesiones. El camino que nos llevará -a ellos ya nosotros- a superar nuestra secular separación, pasa por una compenetración vital y profunda de unos y otros con ese Jesús cuya figura emerge de los evangelios. Por eso nos atrevemos a pedirles a ellos que rueguen por nosotros con la intención de que el Congreso Eucarístico nos lleve -a los católicos- a centrarnos cada vez más en nuestro Pastor común (13): Cristo, el "único Santo" y el "único Señor", como lo aclama la Liturgia de la Iglesia.

19. Si ahora vamos a esbozar rápidamente la figura de Jesús que se desprende de los evangelios, no es para que los fieles se consideren dispensados de recurrir personalmente a esas fuentes esenciales de todo conocimiento de Cristo, sino, por el

contrario, para que se sientan orientados y estimulados a su lectura, personal o en grupos.

20. Les recomendamos que dicha lectura la hagan siempre dejándose interpelar por Cristo, y tratando de mirarlo a El como con los ojos de María. Ella estuvo siempre cerca de Jesús y comprendió mejor que nadie su persona y su mensaje. Como "Madre educadora de la fe" (14), Ella es también "la pedagoga del Evangelio" (15) que sabe adentrarnos en él, para que se haga carne en nosotros (16). Con esto les pedimos, en el fondo, que intenten reencontrar aquella sabiduría profunda de la Iglesia que diera su fundamento a la antigua devoción del Rosario, y cuya esencia consiste en el afán por contemplar en unión a María -y en un clima de oración- los "misterios" de la vida de Cristo: porque de este modo la Virgen nos enseña y ayuda a acoger al Señor y su Palabra como Ella misma lo hizo.

II. LA MISION DE JESUS

La "Buena Noticia" del Reinado de Dios

(Ver preguntas N° 20-26)

21. La vida de Jesús se comprende y unifica a partir de su misión: El viene a cumplir en nosotros la voluntad de su Padre, que desea que todos los hombres sean felices, que se salven, lleguen al conocimiento de la verdad y tengan vida en abundancia (17). Con ello llama a que Dios sea admitido como el único Absoluto, como el único con derecho a "reinar" entre los hombres, de tal modo que su Soberanía sea plenamente reconocida y aceptada como la única fuente de vida y salvación (18).

22. Dicho anuncio implica -por parte de Jesús- una afirmación tan rotunda de la trascendencia divina, que sobrecoge la sensibilidad del hombre moderno, generalmente tan absorbido por sus preocupaciones temporales, que casi ha perdido el sentido para aquellos valores que apuntan hacia esa "dimensión vertical" de nuestra existencia de que hablaba Juan Pablo II en Puebla (19). Sin embargo, esta proclamación del "reinado de Dios" constituye -para todo hombre y en todo tiempo- el mensaje de liberación (20) más esperanzador que jamás se haya anunciado en la tierra: pues donde Dios comienza a reinar, su poder destruye el reino del pecado (21) y derriba todos los ídolos o falsos dioses que esclavizan a los hombres (22), devolviendo a éstos la libertad de hijos de Dios para la cual fueron creados (23).

23. "El hombre cae en la esclavitud cuando diviniza o absolutiza la riqueza, el poder, el Estado, el sexo, el placer o cualquier creación de Dios, incluso su propio ser o razón humana" (24). Sólo "la caída de los ídolos" -producida al retomar Dios el lugar que le había sido usurpado- "restituye al hombre su campo esencial de libertad" (25). Por eso Puebla, escogiendo de entre las diversas enseñanzas de Jesús, declara tan solemnemente: "He aquí la palabra liberadora por excelencia": "Al Señor, tu Dios, adorarás y sólo a El servirás" (Mt 4, 10; Dt 5, 6 ss) (26). En efecto, "la adoración de lo no adorable y la absolutización de lo relativo lleva a la violación de lo más íntimo de la persona humana" (27): en ello reside la esencia del pecado y la raíz de toda esclavitud.

24. Al proclamar Jesús, así como lo hace, sin atenuaciones, la dignidad y los derechos de Dios -a reinar no sólo en el cielo sino también en la tierra (28)- afirma y salva, del modo más radical posible, la dignidad y los derechos del hombre. El ha venido para que

los hombres "tengan vida y la tengan en abundancia" (29). Y con claridad nos dice que sólo Dios vivifica. Donde El reina, crece el amor y la libertad, la alegría y la paz. Los ídolos, por el contrario, oprimen y tiranizan, dividen, destruyen y matan (30).

25. Este mensaje del "reinado de Dios" por parte de Jesús, es, por lo tanto, aquella "verdad que nos hará libres" (31). Plenamente: de todo pecado y de todo ídolo. Pero hay dos matices esenciales a este anuncio, que constituye el centro de todo el ministerio de Jesús.

26. Por una parte, Jesús reconoce como lo más entrañablemente divino que hay en Dios, su Amor misericordioso, su ternura por los desvalidos y los pecadores: su capacidad no sólo de acoger y de donar sino, sobre todo, de perdonar. De este modo, Dios, siendo infinitamente poderoso, pone su fuerza al servicio de su Amor. Y pudiendo imponerse como Rey, quiere, sin embargo, reinar como Padre, con un respeto sin límites por sus frágiles creaturas.

27. Por otro lado, este reinado de Dios, que significa promesa de vida y liberación para todos -especialmente para los débiles y los que sufren-lo ve Jesús no sólo como una esperanza que se cumplirá al fin de los siglos, y que debe ser aguardada con paciente confianza. También lo muestra como una posibilidad -limitada, pero verdadera- para el tiempo presente. Pues, además de anunciar dicho reinado, El viene a traerlo e iniciarlo (32): para que comience a germinar, como una pequeña semilla (33), en el seno mismo de la historia humana. El anuncio del reino de Dios implica, por lo tanto, una tarea: el esfuerzo por acogerlo y ayudado a crecer desde ya entre nosotros.

28. Son estos rasgos recién señalados los que dan al mensaje de Jesús su carácter de "Evanglio": es decir, de "Buena Noticia" o "Anuncio gozoso".

La Nueva Alianza de Jesús

(Ver preguntas N° 27 -30)

29. El anuncio del reinado de Dios -y su venida en Jesús- significa que la historia humana entra en su fase decisiva y final: la del retorno al Padre. Jesús viene a derribar las barreras del pecado, que nos separan de Dios y originan la enemistad entre los hombres (34). Viene a sellar una alianza nueva y eterna (35) entre el cielo y la tierra. Con ello culmina aquel largo período de preparación iniciado con Abraham y continuado a través de Moisés y los profetas.

30. En Jesús, a la vez verdadero Dios y verdadero hombre, se atan para siempre -de modo pleno y definitivo- la vida de Dios con la vida y la historia de los hombres. Por lo tanto, Jesucristo es, El mismo, nuestra Alianza viva: el lugar del reencuentro entre Dios y la humanidad, y de los hombres entre sí. El es el puente tendido entre el Padre y los hijos, y entre hermano y hermano. El es nuestra reconciliación y nuestra paz (36).

31. Jesús viene, así, a restablecer todos los vínculos de amor, de unidad (37) y comunión (38), rotos por el pecado. Viene a cambiar nuestro "corazón de piedra" (39) por "un corazón nuevo" (40), capaz de amar como El amó, al Padre y los hermanos (41). De modo que viviendo sólo para el amor -como El, y como Dios, que "es Amor" (42)- dejemos de ser esclavos de los poderes de este mundo (43) Y alcancemos una

nueva libertad (44), que es participación en el señorío de Dios mismo sobre la creación y la historia.

32. El reinado de Dios comienza a irrumpir en nosotros, cuando nos abrimos a esta nueva manera de amar y de ser libres que nos anuncia y enseña Jesús. Estos son los frutos de su Alianza y el signo de que hemos "pasado de la muerte a la vida" (45): de que Dios, liberándonos "del poder de las tinieblas", nos traslada al "reino del Hijo de su Amor" (46).

III. EL CONTENIDO DEL MENSAJE DE JESUS

Jesús y su Padre

(Ver preguntas NO 31-35)

33. Las intenciones más profundas de Dios aparecen como la razón de ser de la existencia de Jesús, como la savia que nutre su vida. Desde niño se muestra preocupado en forma dominante e ineludible por "las cosas de su Padre" (47), y luego dirá que El "vive por su Padre" (48) y que "su alimento es hacer la voluntad del que lo envió y llevar a cabo su obra" (49). Jesús vive plenamente como "Hijo", en una aceptación total -a veces gozosa y a veces dolorosa- de los criterios y de las decisiones de su Padre (50); busca su intimidad en la quietud de la soledad y de la noche (51); y lo llama, con inaudita confianza: "Abbá" (52), es decir, utilizando el apelativo cariñoso con que los niños judíos se dirigían familiarmente a sus propios padres, equivalente a nuestro "papá".

34. Jesús no quiere tener sino lo que recibe de su Padre. Y sólo quiere tenerlo como recibido de El, sin buscar apropiárselo. Por lo mismo, siente que su Padre se lo ha confiado todo y no se ha reservado nada (53). Por eso puede reivindicar para sí el carácter de plena revelación de Dios, ya que no tiene nada propio que obstaculice la manifestación del rostro de Dios a través de El: "Yo y el Padre somos una sola cosa" (54); "El que me ve a mí, ve al Padre" (55). Así llega a afirmar que es en la acogida o el rechazo a su propia persona donde se juega la acogida o el rechazo a Dios mismo (56), y que en El reside también la facultad más privativa de Dios, que es la de perdonar los pecados (57).

Jesús y los Hombres

(Ver preguntas N° 36-42)

35. Con esta certeza absoluta de ser el intérprete fiel de la voluntad de su Padre, Jesús actúa en su mundo de una manera innovadora, que resulta escandalosa y chocante para la sociedad a la que pertenece por nacimiento y cultura. Pero nosotros, los creyentes, reconocemos en sus actitudes y actuaciones la encarnación de aquellos valores y criterios que tienen vigencia cuando es Dios quien reina y cuando es su voluntad la que se hace en la tierra, como se hace en el cielo (58).

36. Ante todo llama la atención, en la actitud de Jesús, la forma en que El se pone al servicio de la vida humana. Porque en todo hombre sabe ver un hijo amado de su Padre, "eternamente ideado y eternamente escogido" por El (59), y, por lo mismo, un hermano. Tanto se interesa por todo lo que afecte a los hombres que, incluso ese poder mesiánico que El se niega a usar para su propio provecho (60), lo despliega generosamente para

curar enfermos, saciar hambrientos, liberar oprimidos por el demonio, resucitar muertos. Y esta actuación en favor de la vida humana, la considera Jesús tan esencial e importante, que ni siquiera la más sagrada de las instituciones judías, el sábado, podía invocarse para impedirlo (61): pues "el sábado se instituyó para el hombre y no el hombre para el sábado" (62).

37. En forma muy especial conmueve a Jesús la condición deprimida en que se desenvuelve la vida de los pequeños, de los pobres, de los descalificados, y se convierte en su defensor. Pero no lo hace con discursos incendiarios en contra de los explotadores -aunque ciertamente los denuncia-, sino acogiendo a esos marginados y compartiendo su vida. Venido de Nazaret, lugar despreciable y despreciado en su tiempo (63), anunció a los pobres el Evangelio, e hizo de esto un signo de su misión mesiánica (64). En las Bienaventuranzas proclamó que los pobres, los que sufren, los que tienen hambre, ocupan un lugar predilecto en el corazón de Dios (65).

38. Este amor preferencial no era, sin embargo, excluyente (66): la solicitud de Jesús se extendió también a personas de situación acomodada, que lo buscaron y se abrieron a El (67). Y, sobre todo, acogió con especial misericordia a los pecadores, con quienes -para escándalo de muchos "comía y bebía" (68). Se acercó incluso a aquellos que públicamente habían extorsionado, oprimido y explotado a su pueblo: a Mateo el publicano, que recaudaba impuestos en beneficio propio y del César, dominador de Israel (69); al centurión romano (70) que comandaba fuerzas extranjeras de ocupación, dadas a menudo al abuso (71); o a Zaqueo, el hombre rico (72). Pero se dirigía a ellos y los acogía para llamarlos a convertirse, para abrir sus corazones a Dios, liberarlos de su pecado y moverlos -así - a reparar las injusticias cometidas con los pobres y los débiles (73).

39. Más aún, escogió a Mateo para pertenecer al grupo de sus apóstoles: pero enseñando a comprender y denunciar el peligro de las riquezas (74), y a apoyar toda su confianza en la Providencia del Padre (75) a quien antes había puesto su corazón exclusivamente en el dinero y en los tesoros que corroe la polilla (76). De modo semejante, llamó a ser apóstol de su Evangelio de paz a Simón el zelote, un ex terrorista antirromano (77). E igualmente pertenecieron a sus escogidos la prostituta arrepentida, que le enjugó los pies con su llanto y sus cabellos (78), y el ladrón crucificado junto a El, quien creyó en Jesús en la última hora y lo siguió esa misma tarde al paraíso (79).

40. De esta manera, pone El en práctica anticipadamente ese trastorno de situaciones -ya anunciado por la Virgen María en su cántico (80)- que caracterizará al Reino de Dios, en el que "muchos primeros serán últimos, y los últimos primeros" (81). Y es también así como demuestra que El es el que debía venir: por el hecho de que les anuncia buenas noticias a los pobres (82), y proclama que "no ha venido a llamar a los justos, sino a los pecadores", ya que "no tienen necesidad de médico los sanos sino los enfermos" (83).

El Camino de Jesús

(Ver preguntas N° 43-48)

41. Esa conducta a la que Jesús se atiene, la propone también a todos sus oyentes como el camino necesario para que se haga presente el reinado de Dios. Lo primero, como es obvio, es darle a Dios el lugar que le corresponde, amándolo "con todo el corazón, con toda el alma, con toda la inteligencia y con todas las fuerzas" (84); confiando en El

como las aves del cielo y las flores del campo (85); recurriendo a El en la oración, sin dudar de su poder ni de su bondad (86); obedeciendo sus mandamientos (87), pero en la forma en que Jesús los ha reinterpretado, llevándolos a sus exigencias más radicales (88); poniendo por encima de cualesquiera intereses particulares, el afán por su reinado y su justicia (89); y, sobre todo, acogiendo con gratitud su amor y su perdón, prodigados sin proporción a ningún merecimiento (90).

42. La aceptación de ese Dios cuyo rostro revela Jesús, incluye compartir su propia actitud hacia los hombres: amándolos a todos sin excepción y perdonando a los enemigos con el deseo eficaz de llegar a acogerlos y tratarlos como amigos (91). Pero incluye también compartir la "escala de valores" de Dios, especialmente en cuanto a tres puntos significativos. Primero, en considerar las riquezas como un grave peligro, por cuanto engendran una engañosa sensación de seguridad que las convierte fácilmente en un ídolo ("Mammón"), y endurecen el corazón frente a las reales necesidades del prójimo (92). Segundo, en abrazar con amor preferencial a los pequeños, a los pobres y a los que sufren, ya que con ellos ha querido identificarse para siempre el propio Jesús, en cuanto revelador del juicio de Dios sobre el mundo (93). Y tercero, en relacionar profundamente la verdadera actitud religiosa con las exigencias de la fraternidad entre los hombres: el mero cumplimiento de prácticas culturales o rituales no responde -según Jesús- al llamado y espíritu de su Evangelio (94).

Su Llamado al Seguimiento

(Ver preguntas N° 49-51)

43. Un rasgo muy llamativo de Jesús es su "autoridad". Su forma de enseñar despierta vivamente la atención, porque enseña "como quien tiene autoridad y no como los escribas" (95). Esta autoridad también la experimentan los demonios (96) y los elementos de la naturaleza (97).

44. Pero donde sobre todo se echa de ver la autoridad de Jesús, es en su forma de abordar a los hombres. Pero no tanto en ocasiones como aquella en que expulsa del templo a los mercaderes (98), como cuando llama a determinados hombres a seguido. Su palabra "Sígueme" tiene una fuerza a la que es imposible sustraerse, incluso cuando finalmente no se la acoge (99). y la forma en que El plantea las exigencias inherentes a su seguimiento, es tajante y sin apelación (100).

45. Es así como se forma en torno a Jesús un grupo de "discípulos" o "seguidores", quienes, más allá de la enseñanza de su maestro, se adhieren a su misma persona con un apego incondicional y religioso, bien expresado en dos palabras de Simón y Pedro: "Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido" (101), y: "Señor, ¿a quién podríamos ir? Tú tienes palabras de vida eterna" (102). En estas palabras, como en tantas otras páginas de los evangelios, podemos percibir esa fascinación que es capaz de despertar en el corazón humano la persona de Jesús: fascinación que ha sido permanente en la historia del cristianismo, y que ya se subraya como un rasgo peculiar en la carta de San Pedro: "Sin haberlo visto, lo amáis" (103).

IV. LA CULMINACION DE LA OBRA DE JESUS

La Iglesia de Jesús

(Ver preguntas N° 52-54)

46. Quiso Jesús que los que lo seguían a El -como la revelación definitiva de Dios -y aceptaban su mensaje- como el camino para vivir según las exigencias y criterios del reinado de Dios -constituyeran una comunidad fraternal, fundada en la común conciencia de la paternidad de Dios -revelada y vivida por Jesús- y en la cual su mensaje tuviera explícita vigencia como norma de vida. Dicha comunidad constituía como un esbozo o una presencia anticipada del reinado de Dios, y tenía como objetivo el promover ese mismo reinado mediante la difusión del Evangelio de Jesús (104).

47. A esta comunidad congregada en su nombre, y llamada por eso "Iglesia de Jesús", El le garantizó para siempre su presencia personal. Y la estructuró en torno a "los Doce", que El había llamado para que colaboraran con El, destacando en forma inequívoca el papel eminente y fundamental de Simón Pedro, y enfatizando la actitud de servicios con que debían desempeñar su misión (105).

El Servidor Sufriente

(Ver preguntas N° 55-58)

48. Toda la actividad de Jesús estuvo caracterizada por los rasgos con que un profeta del Antiguo Testamento había descrito al "Servidor de Dios" (106): El no quiso hacer uso del poder o de la fuerza, sino que desempeñó su misión con la modestia, humildad e indefensión de un "servidor", que plantea la interpelación de Dios proponiendo y no imponiendo, llamando y no forzando, aliviando y no agobiando (107).

49. Esta actitud humilde de Jesús, ya presagiada por su nacimiento en la gruta de Belén y por su vida pobre en Nazaret, con María y José, se manifestó sobre todo cuando el impacto de su mensaje y su persona se convirtió en hostilidad: por considerar los dirigentes religiosos y políticos que El estaba subvirtiendo el orden establecido y poniendo en peligro la seguridad de la nación (108).

50. El desenlace de esta reacción enconada, Jesús lo previó con toda lucidez (109), y, lejos de provocar entre sus seguidores una resistencia armada contra la conjura, asumió la muerte que se le venía encima como una parte esencial de la misión que su Padre le había encomendado (110). En ella iba a expresar que el reinado de Dios implica unas exigencias intransables, que deben abrazarse con fidelidad y obediencia incondicionales. Y en ella, también, iba a manifestar su actitud de irrestricta donación de sí mismo en favor de la causa de la plena salvación y liberación de los hombres.

51. El le dio, pues, a su muerte, debida a la injusta violencia que se desencadenó contra El, el carácter de una entrega voluntaria, en la que su amor -libre y espontáneo- transformó un crimen odioso en un acto con más contenido religioso que todos los sacrificios rituales: pues lo convirtió en la demostración suprema de ese amor nuevo, que es el fundamento de la nueva Alianza, es decir, del nuevo régimen de relaciones entre Dios y los hombres que El venía a establecer. En su actitud ante la muerte, dejó Jesús en claro que el reinado de Dios se despliega no sólo cuando se vive como El vivió y enseñó a vivir, sino sobre todo, cuando se muere como El murió (111).

52. Por eso es que, de entre todos los gestos de su vida, eligió Cristo el de su entrega a la muerte para convertirlo en su "Memorial", bajo la forma y el signo del pan que se parte y se da a comer y del vino que en una copa se distribuye para ser bebido (112).

Jesús Resucitado

(Ver preguntas N° 59-62)

53. La resurrección al tercer día fue la señal con que Dios mostró su aceptación de la muerte de Jesús como el verdadero y único sacrificio que le agradó en forma total; y, por lo mismo, la aprobación dada por El, en forma visible, a toda la actuación histórica de Jesús, que culminó en su muerte. La resurrección vino a anular la muerte de Jesús en cuanto ella fue un crimen de los hombres, pero vino a ratificarla en cuanto fue la expresión adecuada de la obediencia incondicional de Jesús a su Padre y de su entrega sin reservas a los hombres. Por eso es que el Apocalipsis nos presenta a Cristo en su gloria bajo la figura de un "Cordero en pie (¡vivo!), como degollado" (113).

54. Así, pues, creer en el Resucitado es creer en el valor y el sentido salvador de su muerte en la cruz. Es también creer que toda muerte aceptada en comunión con Jesús crucificado es puerta de acceso a la verdadera vida; y que el camino que El señaló con su acción y su palabra, aunque puede conducir a la persecución, a la condenación en un tribunal y a una forma de muerte violenta como la suya, es realmente el camino de la vida. Por lo mismo, es creer que El, con su amor y obediencia, venció el pecado humano y nos hizo posible vencerlo como El.

SEGUNDA PARTE JESUCRISTO HOY

1. PRESENCIA DE CRISTO EN SU IGLESIA

Cristo Presente en la Iglesia por su Espíritu

(Ver preguntas N° 63-68)

55. Al resucitar, Cristo adquirió la capacidad de hacerse presente en cualquier lugar y a través de todos los tiempos, sin que lo detengan los obstáculos materiales (114). Su Ascensión no trajo consigo su ausencia, sino sólo el fin de su presencia visible y sensible. El evangelio de San Mateo nos ofrece, como última palabra del Resucitado, la gran promesa que deja a su Iglesia, fundada para continuar su misión: "He aquí que estoy con vosotros hasta el fin de la historia" (115). Y el evangelio de San Marcos, después de narrar la ascensión del Señor y de decir que los Apóstoles partieron a predicar la Buena Noticia, según el envío que habían recibido, subraya que esto lo llevaron a cabo "con la colaboración del Señor, quien confirmaba el mensaje por medio de signos" (116).

56. Cristo había prometido el don del Espíritu (117), y después de su glorificación lo derramó efectivamente sobre sus discípulos y toda su Iglesia (118): precisamente para que gracias a su luz y a su fuerza, fueran capaces de comprender y abrazar todas las proyecciones de la vida nueva y de la presencia nueva del que había "vencido al mundo" muriendo y resucitando (119).

57. Mediante la acción de su Espíritu, Cristo se hace presente en su Iglesia -y manifiesta la realidad de dicha presencia- en dos direcciones principales. En primer lugar, en profundidad: procurando a los creyentes una íntima y vital identificación con El.

58. En efecto, sin la ayuda eficaz del Espíritu, la fe en Cristo, como Señor viviente, se debilita y acaba por apagarse. Pues si la fe no se hace de algún modo experiencia -calando hondo en el corazón- no puede resistir frente a las sollicitaciones de un mundo donde siguen teniendo vigencia los mismos pseudo-valores que justificaron la eliminación de Jesús (120).

59. Tal experiencia de fe es fruto del Espíritu Santo. El "derrama en nuestros corazones el amor que Dios nos tiene" (121). Así, El nos hace reconocer vitalmente que, en Jesús, hemos muerto al pecado, que Dios nos ha perdonado y transformado, de modo muy real, en "hijos" adoptivos suyos (122): pues el Espíritu de Cristo clama, desde nuestro propio corazón, diciéndole al Padre, con igual confianza e intimidad filial que Jesús: "¡Abbá!" (123). Sólo entonces ha madurado en nosotros la gracia de la redención, obrando una tal identificación con el Señor, que nos permite hacer nuestra la confesión de fe de San Pablo: "Ya no soy yo quien vive, sino Cristo que vive en mí" (124).

60. Sin dicha experiencia, resulta imposible que los cristianos lleguemos a ser verdaderos "testigos de Cristo resucitado" (125) y que, por lo tanto, cumplamos con nuestra misión de evangelizadores, ya que, como dijo Paulo VI, "en el fondo no hay otra manera de comunicar el Evangelio que no sea la de transmitir a otros la propia experiencia de fe" (126).

61. Esta fe hecha vida se traduce, entre otras cosas, en una especie de "instinto evangélico" (127) que permite distinguir -con certera sensibilidad ("sensus fidei")- la acción del Espíritu de Jesús de la de otros "espíritus", capaces también de provocar experiencias religiosas, incluso místicas o extáticas. La reconocemos, porque El nos hace abrazar al Cristo viviente, expresar nuestra adhesión a El en conformidad a las confesiones verdaderas de la fe, tal como las ha formulado a la Iglesia, y promover la unidad de ésta, poniendo nuestros propios "carismas" al servicio del cuerpo eclesial (128).

62. Quisiéramos expresar aquí nuestra alegría, por el renovado entusiasmo con que nuestra Iglesia chilena se está abriendo -en algunos sectores- conciente y ávidamente al Espíritu de Cristo. Todos los movimientos y grupos que lo imploran con fe, pidiéndole -sobre todo- que les enseñe a orar, representan un signo de esperanza para Chile. Sin oración no hay Pentecostés ni reconciliación, pues no podemos llegar a tener "una sola alma", como los apóstoles en el Cenáculo (129).

63. La construcción de una sociedad más fraterna, en conformidad a las Enseñanzas Sociales de la Iglesia, supone -por lo mismo- comprender que la primera exigencia del "camino de Jesús" es darle a Dios el lugar que le corresponde en nuestra propia vida. Y Dios no será nunca verdadero centro vital, si no oramos como Jesús oraba, si no buscamos continuamente como El -en medio y después de los afanes de cada día-la intimidad con el Padre.

64. A los hombres modernos nos cuesta orar. Vivimos demasiado vertiginosamente, y casi hemos perdido la capacidad de sumir nuestro corazón en el silencio y la paz de

Dios. El Espíritu de Jesús es el gran Maestro que puede configurarnos con el Cristo orante. El nos ayudará, a través de la oración, a abrirnos a la infinita fuerza de amor del Padre y de nuestro Señor Resucitado, sin la cual no podemos ni transformarnos nosotros ni mejorar la sociedad en que vivimos.

Cristo Presente en la Misión de su Iglesia

(Ver preguntas N° 69-74)

65. Además de su arraigo en la profundidad vital de nuestra fe (130), el Señor se hace presente en su Iglesia -mediante su Espíritu- en una segunda dirección: impulsándola a extender misioneramente el reinado de Dios por toda la anchura de la tierra (131). En la fuerza de este envío -que prolonga la misión del mismo Cristo (132)- llegó hasta nosotros la presencia de Jesús y de su Evangelio: cuando -siglos atrás- los primeros misioneros implantaron la Iglesia en nuestra tierra.

66. A partir de ese anuncio inicial de Cristo, comenzó a gestarse entre nosotros "una cultura impregnada de fe" (133). Pues, a pesar de nuestras múltiples traiciones y debilidades, el Señor fue dejando -a través de nuestros artistas, nuestros sabios y héroes, y de todo nuestro pueblo cristiano una perdurable huella de su presencia en nuestro modo de pensar, en el arte y la arquitectura chilenos, en los más diversos ámbitos de nuestra vida social e institucional.

67. Sin embargo, la más grande y honda huella de la presencia y acción de Cristo entre nosotros -aunque muchas veces inadvertida- se sitúa en la línea de la santidad. ¿Quién podrá enumerar a los miles de hombres y mujeres de nuestra tierra -padres y madres de familia, campesinos, obreros y profesionales, religiosas y sacerdotes- que han vivido heroicamente su fidelidad al Evangelio? Su generosidad ha sido el más hermoso y noble regalo de Cristo a nuestra patria. Como lo ha sido también, recientemente, la intimidad con Dios de Sor Teresita de Los Andes, y el incansable amor del P. Alberto Hurtado al Señor y a los pobres.

68. No hemos sabido ser fieles a la riqueza de tal herencia. Sin embargo, ese mismo Jesús que -de modo tan notorio- se ha hecho presente en el ayer de nuestra historia, nos llama y envía hoy, en la fuerza de su Espíritu, a proseguir con renovado empuje la obra de tantas generaciones de evangelizadores: para superar el pecado -personal y social- que aún nos oprime, abriendo de par en par nuestras puertas a ese Cristo que se nos acerca a través de nuestra propia historia patria, y que nos necesita para convertirla, mucho más eficazmente todavía, en historia de salvación.

69. Por eso es causa de gozo para nosotros, presenciar el despertar del celo misionero en tantos cristianos y grupos de apóstoles, que se esfuerzan -día a día- por hacer presente a Cristo en cada rincón de Chile -en sus poblaciones y campos, en sus fábricas, oficinas o escuelas- tratando de "alcanzar y transformar, con la fuerza del Evangelio, los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida... que están en contraste con la Palabra de Dios y el designio de salvación" (134).

Cristo Presente en la Comunidad Eclesial

(Ver preguntas N° 75-79)

70. El Espíritu de Cristo no se limita a vivificar e impulsar interiormente a los creyentes. Como vínculo de amor vivo entre el Padre y el Hijo, El también los une y congrega en la comunidad visible del Pueblo de Dios (135): Pueblo que misteriosamente prolonga el propio Cuerpo del Señor, en el cual cada cristiano ha sido "injertado" (136) el día de su Alianza bautismal.

71. La unidad de la Iglesia con Jesús trasciende así toda categoría humana. Ella no es únicamente una "institución" que Jesús fundó: le está atada como el Cuerpo a su Cabeza (137), a través de una verdadera comunión de vida, que El le ofrece y en la que sus miembros participan en la medida en que se centran vitalmente en Cristo, identificándose con El y reconociéndolo como su único Señor y modelo normativo. De este modo, la comunidad eclesial -como Cuerpo de Jesús- prolonga y manifiesta su presencia entre los hombres. Aunque sean dos o tres los que se reúnan en su nombre (138).

72. Cristo fundamenta y hace posible, así, la unidad profunda de la Iglesia: esa unidad capaz, no de anular, sino de integrar y superar todos los factores de conflicto inherentes a la condición humana (139). Por eso, atentar contra la unidad de la Iglesia equivale a "dividir a Cristo" (140).

73. Por lo mismo, pedimos a todos los fieles que eviten cuanto pueda debilitar o quebrar la comunión eclesial. Pero, sobre todo, les rogamos que se incorporen a la vida comunitaria de la Iglesia, participando en grupos o comunidades, en parroquias o movimientos, o en su propia familia, vivida como comunidad de fe: para que puedan poner en común con otros hermanos su propia experiencia creyente del Señor Resucitado y descubrirlo en el gozo del amor compartido.

74. Nuestra fe no puede vivirse de modo individualista. No hay cristianos "a su manera". O lo somos "a la manera de Cristo" -participando en la comunidad que El fundó- o no lo somos. Es cierto que hay diversas formas y grados de participación eclesial. Pero al que se aleja o margina de la comunidad, le pasa -en mayor o menor medida-lo mismo que le sucedió incluso al apóstol Tomás: no se encuentra con Jesús Resucitado y su fe se vuelve vacilante (141).

Cristo Presente en los Sacramentos y la Eucaristía

(Ver preguntas N° 80-84)

75. De manera especial, se hace Cristo presente en su Iglesia a través de los Sacramentos. En todos ellos nos brinda Ella oportunidad de experimentar su fuerza salvadora, en el momento en que nosotros expresamos, por medio de signos instituidos por El mismo, nuestro compromiso de abrazar y de hacer nuestro su misterio de cruz y de resurrección, de muerte y de vida.

76. Pero es sobre todo en el Sacramento de la Eucaristía, donde Cristo nos brinda hoy la posibilidad de un encuentro con El de un realismo maravilloso. Allí evocamos nosotros su muerte, bajo la forma y en los signos del pan que se parte y del vino que se distribuye. Y también asumimos el compromiso de hacer de nuestra propia existencia una entrega total a Dios y a nuestros hermanos, como la de Cristo. Pero lo más importante es que, durante esta celebración, al realizar nosotros estos gestos, el mismo Jesús, actuando a través del ministro de la Iglesia, hace presente para nosotros su

sacrificio y se nos entrega en persona -con su cuerpo y su sangre y con su vida nueva de Resucitado- como prenda de nuestra propia resurrección y como exigencia y principio de unidad eclesial (142). Nos admite así a la más profunda comunión de vida con El, sólo comparable con la comunión de vida existente entre el mismo Cristo y su Padre (143).

77. Quien cree de veras en esta riqueza insondable del sacramento de la Eucaristía, tiene que experimentar una especie de "necesidad" interior de acercarse con frecuencia a participar en el sacrificio de Cristo, a recibirlo como "pan de vida" (144) ya adorarlo en su presencia silenciosa. Por ello nos alegramos de que haya crecido -tan considerablemente- el número de quienes participan comulgando en la celebración eucarística, especialmente dominical.

78. Sin embargo, no podemos dejar de recordar a todos las graves palabras de San Pablo: "el que coma del Pan o beba de la copa del Señor indignamente, será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Que cada uno se examine a sí mismo, y así coma del Pan y beba de la copa; porque el que come y bebe sin discernir el Cuerpo, come y bebe su propia condenación" (145).

79. Ante tan seria advertencia del apóstol, pedimos que cada cristiano examine seriamente si es consecuente -{m las diversas circunstancias de su vida diaria- con ese anhelo de unión íntima con Cristo, que expresa al comulgar. Y, también, si está compartiendo generosamente su vida y sus bienes con los demás -sobre todo con los más necesitados- con ese mismo espíritu fraternal que mostramos al acercarnos en tantas ocasiones, pobres y ricos juntos, a compartir el Pan del Señor. Si no lo hacemos, para que la Eucaristía no nos condene como falsos e hipócritas, pidámosle a Jesús que sea su mismo Pan el que nos .dé las fuerzas, para crecer hacia esa fidelidad a El y esa generosidad para con nuestros hermanos, que aún no tenemos.

80. De este modo, la comunión sacramental, aunque no sea signo verdadero de lo que vivimos, lo será, por lo menos, de lo que sinceramente anhelamos e imploramos. Y se convertirá para nosotros en el Pan de los peregrinos que, humildemente, se confiesan aún lejos del final del camino, y buscan el alimento que les permita continuar la marcha con renovados bríos.

81. Finalmente, invitamos a todos los fieles a acercarse también a "la Mesa del Señor" (146) en días de semana, a acudir a nuestros templos para reconocer, agradecer y adorar la presencia sacramental de Jesús en ellos, y a buscar y recibir con mayor frecuencia el perdón de Dios en el sacramento de la reconciliación. Sin la fuerza de Cristo, que recibimos mediante los sacramentos, no podremos prestarle a Chile el servicio que espera de nosotros. Uno de los frutos de nuestro Congreso Eucarístico tiene que ser una mayor coherencia entre nuestra vida y nuestro culto sacramental, y entre éste y nuestra fe.

Cristo Presente en su Palabra y los Pastores (Ver preguntas N° 85 -93)

82. Ese mismo Jesús que nos regala el Pan eucarístico, nos ofrece igualmente, como alimento, el "pan" de su Palabra. Y así como en la celebración de los sacramentos se hace presente a través de la actuación litúrgica de los ministros de la Iglesia, El, Palabra

de Dios hecha carne (147), también se hace presente en estos mismos ministros cuando ellos ejercen su función de pastores por medio del ministerio de la predicación. Esta importante verdad, ya enunciada en los evangelios (148) y vivida con intensa conciencia por el Apóstol San Pablo (149), debe tomarse muy en serio en el día de hoy, particularmente en nuestro país (150).

83. Mediante esa Palabra, que la Iglesia -fiel a su misión evangelizadora- proclama al hombre de hoy, Cristo continúa en nuestro tiempo anunciando su "Buena Noticia" y llamándonos a la conversión (151). Esta predicación, enraizada en las Sagradas Escrituras pero, al mismo tiempo, preocupada de iluminar con la luz del Evangelio los problemas concretos del presente, debe ser motivo de esperanza para un hombre víctima de tantas alienaciones, a menudo oprimido y explotado, amenazado por el materialismo y el "progreso" sin rumbo ni sentido de la sociedad de consumo. Así Cristo -el mismo que predicaba junto al lago de Galilea- se vuelve respuesta actualizada a las necesidades humanas de nuestro tiempo. Y la Enseñanza Social que hoy imparte su Iglesia, constituye un eco y prolongación fundamental de su propia Palabra.

84. La palabra de la Iglesia, en la misma medida en que es Palabra de Jesús, suele ser también dolorosa y cortante, como "una espada aguda, de dos filos" (152), para muchos difícil de oír y soportar: pues denuncia nuestros pecados y nos exige un cambio tal de vida -en el plano personal y social- que supone mucha generosidad y fe. Pero el Señor nunca pide, sin ofrecernos al mismo tiempo su propia ayuda para dar lo que nos pide.

85. Los pastores debemos velar para que se mantenga fielmente el mensaje del Señor. Es también papel esencial nuestro el promover y fomentar la unidad de la Iglesia (153): pero no cualquier unidad ni a cualquier precio, sino sólo la unidad en torno a Cristo y a su Evangelio. Por ello es nuestra responsabilidad irrenunciable la de proclamar la verdad del Evangelio "a tiempo y a destiempo" (154), sin adulterarla y sin callar o atenuar sus exigencias concretas y actuales, sin buscar halagar a los hombres y sin dejamos intimidar por ellos. Nunca se podrá agradecer bastante al Señor el que haya decidido recurrir a la voz de los pastores para seguir -El mismo- apacentando a su rebaño, e iluminando a sus fieles en tal forma, que sepan cómo vivir en cada coyuntura histórica -y en medio de la cambiante situación social- los requerimientos del Reino de Dios.

86. Es indispensable que los católicos miremos y recibamos con este espíritu de fe las enseñanzas actuales del Magisterio de la Iglesia, tanto en lo que tocan a la vida personal como social de los cristianos. Pues "el deber de obediencia del pueblo de Dios frente a los Pastores que le conducen, se funda, antes que en consideraciones jurídicas, en el respeto a la presencia sacramental del Señor en ellos. Esta es su realidad objetiva, independiente de toda consideración personal" (155). Pues el propio Cristo ha constituido y consagrado a sus pastores "como sacramentos vivos de su presencia, para hacerlo visiblemente presente, como cabeza y pastor en medio de su Pueblo" (155 a).

87. Por lo mismo, todos los fieles deben dejarse cuestionar por el Concilio, por la palabra de los Pontífices contemporáneos, por Medellín y Puebla, y por nuestros propios pronunciamientos: escuchando lo que el Señor les dice a través de sus Pastores y evitando tanto la tendencia a seleccionar en estos documentos tan sólo lo que favorece a las propias opiniones, personales o de grupos, como la actitud de resistencia u oposición cerrada. Lo menos que puede pedirse, es que se aborde la enseñanza del

Magisterio pastoral de la Iglesia con respeto y sin prejuicios, a fin de conocerla y comprenderla con objetividad.

II. OTRAS FORMAS DE PRESENCIA DEL SEÑOR

Cristo Presente en los Hombres

(Ver preguntas N° 94-99)

88. Aunque la Iglesia sea en nuestro mundo "el Cuerpo de Cristo" (156), esto no quiere decir que la presencia de Cristo quede confirmada o limitada a las dimensiones visibles de ella. Según el Libro del Apocalipsis, Jesús, en la victoria de su Resurrección, obtuvo el señorío sobre toda la historia humana, de tal forma que todos los factores con que ella se va tejiendo se encuentran en su mano (157). Por lo mismo, no hay hombre o pueblo alguno a los cuales Cristo quede ajeno.

89. Como con tanta fuerza lo ha subrayado el Santo Padre en su Encíclica "Redemptor Hominis", todos los hombres, sin excepción, se encuentran en cierto modo unidos a Cristo. Pues el Hijo de Dios, al encarnarse quiso asumir todo lo humano, convirtiéndose en nueva Cabeza de la Humanidad (158). Todos han sido, por lo tanto, tocados por la redención de Cristo y llamados a abrirse vitalmente a ella. De este modo, su dignidad natural e innata -rescatada al precio de la Sangre del Señor (159)- ha sido elevada a un orden sagrado y religioso. La consecuencia de ello es que violar la dignidad de cualquier hombre, llamado a ser miembro de Cristo e Hijo de Dios en El, significa cometer un sacrilegio contra el mismo Cristo (160).

90. Los obispos lamentamos los dolorosos atropellos que en este sentido se cometen entre nosotros. A nivel social y político, pero también en otros planos. Los Obispos en Puebla, al referirse a los atentados que profanan la dignidad del cuerpo humano, dicen: "Esto vale para el homicidio y la tortura, pero también para la prostitución, la pornografía, el adulterio, el aborto y cualquier abuso de la sexualidad" (161).

91. En la misma línea debemos mencionar el machismo -que desconoce la dignidad e igualdad de derechos de la mujer- y muchas otras formas de abuso de poder, injusticia y mal trato, que no llegan a conocimiento público, por suceder silenciosamente, al interior de nuestros hogares, industrias o instituciones. Todas ellas ofenden a Dios y entristecen a su Espíritu (162). Pues es negar que, en Cristo, estamos todos llamados a formar "un solo cuerpo" (163) y que ya no podemos discriminar entre libres y esclavos, ricos y pobres, hombres y mujeres: "porque Cristo es todo en todos" (164), ofreciéndonos a todos la dignidad de nuestra común vocación a El.

92. No obstante los múltiples problemas, los obispos nos alegramos ante la creciente conciencia que nuestras comunidades cristianas han ido tomando -en los últimos años- acerca de esta dignidad sagrada de cada ser humano y de sus inviolables derechos. Ello es un signo de que el reinado de Dios se intensifica entre nosotros y, también, de que hemos vuelto a colocarnos en la huella gloriosa que dejaron los primeros evangelizadores de nuestro continente: "Aquellos religiosos -como ha dicho Juan Pablo II- que vinieron a anunciar a Cristo Salvador, a defender la dignidad de los indígenas, a proclamar sus derechos inviolables, a favorecer su promoción integral, a enseñar la hermandad como hombres y como hijos del mismo Señor y Padre" (165). Conviene recordar que, a partir de esta lucha de nuestros evangelizadores, inició Francisco de

Vitoria la reflexión -a nivel jurídico e internacional- sobre el tema aparentemente tan nuevo de los derechos humanos.

93. Sin embargo, los exhortamos a no reducirse a los aspectos meramente humanos de esta defensa del hombre. Pues nuestra tarea propia, como cristianos, es proclamar que su dignidad se fundamenta en Dios y Jesucristo. Nuestro amor y nuestra lucha por el hombre debemos -por lo tanto- entenderlos siempre como un testimonio evangelizador. Así se convierten en proclamación de los supremos derechos de Dios -quien exige respetar a sus creaturas como El las respeta- y en denuncia de los falsos humanismos, materialistas y ateos, que empuñan al hombre, cuya plena grandeza -consistente en su vocación a ser hijo de Dios- sólo se salva y descubre en Cristo (166).

94. De la honda y misteriosa relación de Jesucristo con cada hombre, se sigue, también, que la Evangelización -la tarea esencial de la Iglesia- no consiste tanto en llevar a Cristo Salvador a personas o ambientes de los que Cristo hubiere estado ausente antes de ese momento. Es más bien ayudar a los hombres -mediante la luz de la fe- a descubrir en su vida o en su historia las huellas de una presencia activa de Cristo de la que ellos todavía no habían tomado conciencia. Todo evangelizador puede hacer suya la frase de San Juan Bautista: "en medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis" (167).

Cristo Presente en los que Sufren

(Ver preguntas N° 100-106)

95. Si Cristo está presente en cada hombre, como aval de su dignidad inviolable, lo está de manera especial en los pobres, en los que sufren, en los que por una u otra razón se ven despreciados o disminuidos: es decir, justamente en los que no tienen nada más - ¡y nada menos! - que su calidad de hombres. Con todos ellos, Cristo ha querido identificarse para siempre, declarando que el criterio decisivo en el Juicio Divino va a residir en el tratamiento dado a esos marginados de nuestro mundo, hecho de injusticia y de pecado (168).

96. Por eso es que Puebla, con la vehemencia de los profetas del Antiguo Testamento, invita a todos los cristianos, "sin distinción de clases, a aceptar y asumir la causa de los pobres, como si estuviesen aceptando y asumiendo su propia causa, la causa misma de Cristo" (169). Para esto es urgente que aprendamos todos a reconocer, en los rostros muy concretos y reales en que se manifiesta la situación de extrema pobreza generalizada, "los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos cuestiona e interpela" (170).

97. A la luz de esta visión eminentemente religiosa, que descubre la presencia de Cristo en los que sufren e interpreta sus necesidades como apremiantes llamados del mismo Señor, deben ser entendidas nuestras repetidas intervenciones en favor de los pobres o pidiendo justicia para los más postergados de nuestra sociedad. Sabemos que dichas actuaciones nuestras tienen repercusiones en el ámbito político o económico. Ello es inevitable, pues la moral evangélica y el reinado de Dios dicen relación a la vida entera del hombre (171). Pero a toda conciencia recta le pedimos que se esfuerce por comprender que no nos impulsa móvil político alguno, sino tan sólo la voluntad de ser fieles a ese Dios que -a través de Jesucristo- quiso identificarse con los pobres y los débiles. Por eso y sólo por eso instamos nuevamente a todos a seguir el camino de

Jesús, sellado por este amor preferencial -"pero no exclusivo" (172)- a los pobres ya los que sufren.

98. Sin duda, la corriente de solidaridad con los hermanos más desvalidos -que tan vigorosa se ha vuelto en nuestra Iglesia chilena- es una de las señales más claras de la presencia viva en nuestra patria del Jesús del Evangelio. El ha estado entre nosotros, regalando a muchos su propia generosidad para compartir, su valentía para luchar contra el pecado personal y social, e incluso -en muchas ocasiones- su capacidad para arriesgar la vida o la seguridad personal por los demás.

99. Pero es responsabilidad nuestra hacer este signo de Cristo cada vez más transparente ante todos los que nos miran. Ello no es fácil. Pues la ayuda al necesitado ocurre frecuentemente en situaciones conflictivas y complejas, que se prestan a interpretaciones ambiguas. Por ello les rogamos -cuando actúen en nombre de la Iglesia o de sus comunidades- dar siempre el testimonio más claro posible acerca del carácter religioso de nuestras motivaciones.

100. La Iglesia no es un partido. Pero tampoco una simple sociedad de beneficencia. Nuestra tarea no consiste, por lo mismo, en anunciar cualquier tipo de solidaridad, sino una solidaridad específica y explícitamente cristiana. Valoramos y alentamos en otros cualquier iniciativa noble y auténtica en pro de la fraternidad humana, pues sabemos discernir en dichos esfuerzos la presencia oculta y germinal de Cristo. Pero en lo que a nosotros nos toca -aunque podamos colaborar juntos, con personas de otras creencias o sin religión alguna- practicamos, abiertamente, una forma y estilo de solidaridad que arranca del Evangelio de Jesús y, por lo mismo, inspirada de su espíritu y sus principios (173).

101. A nadie imponemos nuestra fe, valiéndonos de su necesidad de ayuda. Pero, como evangelizadores que somos, debemos -a través de nuestra actitud ante el desvalido-manifestar de algún modo lo que creemos. Así, por una parte, nuestra solidaridad debe denunciar el individualismo y la insensibilidad social no sólo como atentados contra el hombre, sino también -yendo a su raíz- como un rechazo práctico de Dios y Jesucristo (174).

102. Por otro lado, tenemos el deber de anunciar que no hay hermandad verdadera sin Dios (175), y dejar en claro, por lo mismo, que no nos identificamos, sin más, con una solidaridad o un amor a los pobres entendidos en forma descristianizada o secularizada, es decir, como simple causa social o humana. Pues nuestra fe proclama que todos los valores humanos han sido asumidos por Jesucristo y que sólo en El -es decir, referidos a su persona y su misión- alcanzan su pleno sentido y su definitiva redención. Es lo que entiende el apóstol Pedro, cuando solemnemente afirma que no hay bajo el cielo otro nombre, fuera del de Jesús -ni por lo mismo, otra causa- capaz de salvarnos (176).

103. Desligadas de Jesucristo y de Dios, hasta las causas más nobles -como las de la libertad o la solidaridad humanas- corren el peligro de absolutizarse y convertirse en ídolos, que terminan esclavizando al hombre y revelándose como fuerzas de división y de muerte.

104. De allí que nuestro compromiso con el reino de Dios no consista tan sólo en denunciar y derribar ídolos: pues otros -de signo contrario- pueden muy fácilmente

ocupar el lugar que quede vacío. (Esto explica la insistencia de los Obispos en Puebla en criticar siempre simultáneamente las tres principales ideologías -capitalismo, marxismo y doctrina de la seguridad nacional- que luchan hoy en América Latina por sucederse unas a otras en el poder, imponiendo como absolutos los propios criterios) (177). Nuestra tarea fundamental y primaria, como la de Jesús, es anunciar y proclamar (178) -con la mayor convicción y elocuencia que podamos- que el verdadero Dios y Señor debe reinar por sobre todas las cosas, y que no podemos, al mismo tiempo, servir a El ya otros "dioses" o "señores" (179). Sólo llenando de Dios la vida de los hombres, caen y desaparecen todos los ídolos que amenazan la fraternidad y oprimen a los pobres: porque ya no queda espacio para ninguno de ellos. Es esta solidaridad -entendida como expresión del reinado de Dios- la que nosotros queremos vivir, promover y convertir en alma inspiradora de una sociedad con estructuras más justas.

Cristo Presente en el Progreso Humano

(Ver preguntas N° 107-111)

105. La presencia de Cristo crucificado entre nosotros -prolongando su pasión en los que sufren y apelando a nuestra solidaridad de hermanos- no debe hacernos desconocer, sin embargo, los numerosos indicios de su presencia vivificante en cuanto Señor Resucitado. Todo lo que tiende a hacer la vida humana más plena y más digna, lleva en sí, aunque sus agentes y promotores lo ignoren o no lo quieran, algo de la fuerza transformadora de Cristo glorificado, con la que El finalmente va a transfigurar no sólo nuestra humanidad -incluso en su dimensión corporal- sino también nuestra tierra y nuestro mundo (180).

106. Por eso es que los cristianos debemos apoyar todas las iniciativas históricas que conduzcan realmente a la paz, a la libertad y a la justicia, sin dejamos envolver por los tantos sistemas y pseudo-valores que empequeñecen o envilecen la vida, al reducir a la persona humana al papel de una pieza dentro de los engranajes sociales, políticos o económicos.

107. En virtud de esta misma visión, que nos permite descubrir la eficiencia vivificante del Resucitado desplegándose en la trama de nuestra realidad, los cristianos debemos valorar positivamente las profesiones -humanísticas, científicas, técnicas o artísticas- que contribuyan a mejorar y sanar la vida del hombre o que creen condiciones para elevar su calidad, haciendo más habitable el entorno físico o social en que ella se desenvuelve. En todas estas actividades humanas, los creyentes debemos colaborar a sabiendas de que así estamos participando en el Señorío que Cristo resucitado ejerce sobre todo el universo (181).

108. Por nuestra parte, los obispos queremos expresarles a quienes ejercen cualesquiera de esas profesiones, y a todos los que están esforzándose por construir con su trabajo un Chile mejor, nuestro apoyo y nuestro reconocimiento por su contribución a la humanización de la vida y de nuestra patria. En resumen, pues, los cristianos debemos tomar siempre partido por la vida y contra la muerte, como una forma concreta de expresar nuestra fe en el Cristo viviente que actúa en nuestro mundo.

TERCERA PARTE

JESUCRISTO MAÑANA

Hacia el Encuentro Definitivo

(Ver preguntas N° 112-117)

109. La experiencia del Señor que nos es dado tener en el curso de la historia, nos deja la evidencia de que ella no agota a Cristo. Nunca. Ni siquiera en la más justa y fraternal de las sociedades que lográsemos construir. Pues Cristo sería siempre más grande que ese reflejo suyo en nuestra vida personal o social. Siempre habría más que conocer de El y posibilidades de vivir aún mejor su mensaje.

110. Esto debería despertar en nosotros el deseo incontenible de alcanzar un encuentro cada vez más pleno con el Señor, en que El pudiera manifestarnos nuevas riquezas y dimensiones -aún no vislumbradas- de su persona. Por eso, nada más opuesto al genuino cristianismo, que una actitud instalada y satisfecha con lo que ya tiene. O una postura nostálgica, que llora la desaparición de ese pasado en que se pudo ver y tocar a Jesús, o de otras épocas que ya nunca volverán. Para un cristiano auténtico, Jesucristo se sitúa, sobre todo, en el horizonte del futuro.

111. Este carácter dinámico de la adhesión a Cristo, nadie quizás lo ha expresado con mayor vigor que San Pablo, cuando les escribe a los Filipenses: "No es que ya haya conseguido el premio o terminado la carrera, por el contrario, sigo corriendo por si logro apoderarme de ese premio, por cuanto Cristo Jesús se apoderó de mí. Yo, hermanos, no pienso haberlo logrado, y sólo una cosa me importa: olvidándome de lo que queda atrás y lanzándome hacia lo que está por delante, correr hacia la meta para ganar el premio al que llama Dios desde lo alto, en Cristo Jesús" (182).

112. Este encuentro definitivo con Cristo lo alcanzaremos más allá de la historia. Significará, ante todo y simplemente, "estar siempre con el Señor Jesús" (183), y ello, con el gozo propio de una fiesta o banquete, del cual la Eucaristía es sólo un anuncio o un preludeo (184). Pero El, además, "transformará la bajeza de nuestro ser, reproduciendo en nosotros el esplendor suyo" (185), tal como lo ha hecho ya con su Madre. Así pondrá de manifiesto todo lo que significa nuestro carácter de "hijos de Dios" (186) con lo que El mismo aparecerá como el Primogénito entre muchos hermanos (187).

113. Pero Cristo, no sólo nos transformará a los hombres, sino que también nuestro mundo, nuestra tierra, sentirá los efectos del poder que El tiene para someter a Sí todas las cosas (188) y "se verá liberada de la servidumbre de la corrupción para entrar a participar en la libertad gloriosa de los hijos de Dios" (189). Entonces surgirá "un cielo nuevo y una tierra nueva donde habitará la justicia" (190).

114. Sólo en ese mundo plenamente reconciliado y unificado se revelarán todas las dimensiones de la obra histórica de Cristo, especialmente todo el alcance salvífico y transformador de su Resurrección. Sólo entonces se realizará en forma tan plena el misterio de la comunión de Cristo con la humanidad --comenzado en la Encarnación-- que únicamente las imágenes tomadas de la unión nupcial resultarán adecuadas para

expresar su grado de intimidad (191). Por eso, los cristianos auténticos son "los que anhelan la venida manifiesta del Señor" (192).

Hacia una "Civilización del Amor"

(Ver preguntas N° 118-124)

115. Pero si esta esperanza y este anhelo de la plena y definitiva manifestación de Cristo son genuinos, inevitablemente nos llevarán a querer que nuestra historia se vaya impregnando, ya desde ahora, de los mismos valores cuya plena vigencia esperamos y deseamos al final de los tiempos: de la misma manera que no podemos anhelar sinceramente nuestra transfiguración a imagen y semejanza de Jesús Resucitado, si no procuramos asemejarnos a El desde el presente, por un esfuerzo ascético de "imitación de Cristo" (193). Por consiguiente, el que espera ese "cielo nuevo y tierra nueva" se siente llamado a construir la "civilización del amor", según la consigna de Paulo VI, adoptada por Puebla como programa indispensable para los cristianos de América Latina (194).

116. De aquí la importancia que reviste para los creyentes la reflexión acerca de los futuros caminos de nuestra patria. Y, también, la necesidad de que podamos participar en una discusión y decisión que a todos nos concierne profundamente. Pues para nosotros, los cristianos, no se trata tan sólo de escoger un determinado modelo político o económico para las próximas décadas. A la luz de la fe en Cristo, como Señor y meta de la historia, cualquier proyecto que influya de modo significativo en el futuro de Chile implica decidir también, en un plano mucho más profundo, los caminos que podrán favorecer o dificultar ese encuentro más pleno con Cristo que siempre anhelamos para más adelante.

117. Esa "civilización del amor" supone muchas cosas, pero, antes que nada, pide hombres capaces de construirla. Hombres que crean en el poder -divino y humano- del amor, como fuerza forjadora de historia. Que sean capaces de amar con ese "amor nuevo" (195) que nos enseñó Jesús. Y que posean en su corazón la fuerza irresistible y renovadora de su Espíritu. En una palabra, hombres santos, o que luchen decididamente por la santidad. Es lo que Cristo -el Santo de Dios (196)- nos pide. Pues la santidad significa la plenitud del amor y resume todas las demás exigencias del Evangelio: "Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto" (197), pero por su amor y misericordia (198). Sin santidad no hay reinado del Dios santo en nosotros. Ni tampoco en nuestra patria. Es imperioso que los cristianos de Chile tomemos en serio nuestra vocación a ser, como Pueblo de Dios, una "nación santa" (199). Y que manifestemos la autenticidad de esta búsqueda de la santidad justamente a través de nuestra lucha por penetrar de amor nuestra convivencia social, ya que una y otra cosa son inseparables, como el "arder" y el "iluminar" de la luz.

118. Pero debemos tener en claro que la construcción de esta civilización del amor será sobre todo obra del mismo Cristo, el único que con su gracia vuelve fecundos nuestros esfuerzos y luchas, haciéndonos capaces de vencer el pecado y el egoísmo con el desinterés y el espíritu solidario. Ahora bien, si de algo podemos estar seguros, es de que Cristo no va a hacer surgir la reproducción de un mundo pasado, sino que va a impulsar secretamente la historia hacia el surgimiento de algo nuevo: "He aquí que hago nuevas todas las cosas", dice Dios, en el Apocalipsis (200).

119. Así, cada experiencia histórica que somos invitados a enfrentar y asumir, nos ofrece la perspectiva de ir descubriendo algún rasgo nuevo de ese Cristo que nos llama desde el futuro, donde se esconde para nosotros. Vale la pena vivir la aventura histórica persiguiendo la huidiza plenitud de Cristo, porque a través de ella se acerca a nosotros ese Señor que es el horizonte final de nuestra existencia.

Como María

(Ver preguntas N°125-129)

120. El creyente que ama a Cristo, transforma su profesión de fe "Marán Athá" = "El Señor viene", en la plegaria "Marana tha" = "¡Señor nuestro, ven!" (201). Según el Apocalipsis, este clamor surge del Espíritu y de la Esposa (202). Es decir, del Espíritu Santo, que nos hace saborear la presencia anticipada del Señor Resucitado y desear su plena manifestación, y de la Iglesia entera, considerada en esa dimensión nupcial que sólo la Virgen María realizó ya de modo total en su propia vida.

121. Al Cristo que nos dice: "Sí, vengo pronto", tenemos que responderle: "¡Ven, Señor Jesús!" (203). Los invitamos, para terminar, a decirselo en forma de oración y confesión de nuestra fe en El:

122.

¡Ven, Señor Jesús! ¡Ven a nuestra patria!
Te lo pedimos porque creemos en Ti,
como nuestra única fuente de vida y salvación.
Porque seguimos creyendo
cuando parece tardar en escucharnos,
y nuestra fe debe volverse un ruego insistente
como la de María en Caná.
Pero sobre todo creemos, Señor,
cuando nos pides subir a acompañarte en la cruz.
Entonces, desde nuestra Fe, nos abrimos
a la esperanza de tu Resurrección.
Y apoyados en ella,
creemos con la Virgen del Cenáculo
en el poder de tu Amor:
en que tu Espíritu es capaz
de obrar el milagro moral
de un Chile reconciliado y fraterno.
¡Ven, Señor! ¡Ven, y bendice a nuestra patria! Amén.

123. Pero esta misma súplica, queridos hermanos, implica el compromiso de "abrirle las puertas a Cristo": sin temor y de par en par, como María en la Anunciación. Así, El podrá cambiar nuestra vida y nuestra historia. Y traemos la reconciliación: Porque "El es nuestra Paz" (204).

Esta es la meta de nuestro Congreso Eucarístico.

Los Obispos de Chile
Festividad del Sagrado Corazón de Jesús
13 de junio de 1980

Año del XI Congreso Eucarístico Nacional

NOTAS

- (1) Apoc. 1, 13-18.
- (2) Cf. Apoc. 2-3.
- (3) Cf. Juan Pablo II, Discurso inaugural en Puebla I. 2-6; Puebla 174-179.
- (4) Cf. Mt. 7,4-5.
- (5) Cf. Puebla N° 1.155
- (6) Cf. Hech. 3, 6.
- (7) Heb. 13, 8.
- (8) Cf. 1 Cor. 10,4.
- (9) Cf. Jn. 1,3; 1 Cor. 8, 6; Col. 1. 16; Heb. 1,2.
- (10) Cf. Jn. 1, 1-2; 17, 24; Rom. 8,3; Gal.L 4, 4; El. 1,4-6.
- (11) Cf. Hech. 1, 1.
- (12) Cf. Jn. 1, 14.
- (13) Cf. Jn. 10,16.
- (14) Puebla 290.
- (15) Ibid.
- (16) Cf. Puebla 303.
- (17) Cf. Jn. 3,17; 10,10.
- (18) Cf. Mc.1, 14;Mt. 4,17.
- (19) Cf. Juan Pablo II, Homilía en Plaza Independencia, República Dominicana N° 41; a los religiosos en Guadalupe, el 27-1-79; a los seminaristas mexicanos el 30-1-79, N°4.
- (20) Cf. Lc. 4, 18-19.
- (21) Cf. Rom. 6, 12.
- (22) Cf. Rom. 6, 12-19; Gál. 5.
- (23) Cf. Jn. 8, 31-36; Puebla 321-329; 331-332; 491-506.
- (24) Puebla N° 491.
- (25) lb.
- (26) lb.
- (27) lb.
- (28) Mt. 6, 10.
- (29) Jn. 10, 10.
- (30) Cf. Gal. 5, 13-25.
- (31) Jn. 8,32.
- (32) Cf. Mt. 12,28; Lc. 11,20.
- (33) Cf. Mt. 13, 31-32; Puebla N° 228-231.
- (34) Cf. Ef. 2, 14-16.
- (35) Lc. 22, 20.
- (36) Cf. Ef. 2, 14-16.
- (37) Cf. Jn. 17, 21-23.
- (38) Cf. I Jn. 1, 3; Puebla N° 182-188.
- (39) Ez. 36, 26.
- (40) Cf. Ez.18, 31;36, 26.
- (41) Cf. Jn. 15, 12.
- (42) I Jn. 4, 8.16.
- (43) Rom. 6, 15-23.
- (44) Gal. 5,1.13.
- (45) I Jn. 3, 14.
- (46) Col. 1, 13.
- (47) Lc. 2, 49.
- (48) Jn. 6, 57.

- (49) Jn. 4, 34.
- (50) Cf. Lc. 10, 21; Mc. 14, 34-36; Jn. 11, 27-28.
- (51) Cf. Mt. 14,23.
- (52) Mc. 14, 36.
- (53) Cf. Jn. 5,19-30; 16,5; 17, 10; Lc. 10, 22.
- (54) Jn. 10,30.
- (55) Jn. 14, 9.
- (56) Mc. 9,37; Le. 10, 16; Jn. 12, 44-45.
- (57) Cf. Mt. 2, 5-12; Le. 7,36-50.
- (58) Cf. Mt. 6, 10.
- (59) Juan Pablo II, Mensaje de Navidad, 25-12-78; Discurso inaugural de Puebla I. 9; Redemptor Hominis N° 13, 4.
- (60) Cf. Mt. 4. 3-4; 26, 53.
- (61) Cf. Lc. 13, 14-16; Jn. 5, 9-18.
- (62) Mc. 2,27.
- (63) Cf. Jn. 1,46.
- (64) Cf. Le. 4, 18-21.
- (65) Cf. Le. 6,20-23; Mt. 5, 1-12.
- (66) Cf. Juan Pablo II, Homilía a los Obispos en Guadalupe, N° 3.
- (67) Cf. Jn. 3, 1 ss; 20, 38; Le. 7,36-50; Mt. 26, 6-13.
- (68) Cf. Mc. 1,16-17; Lc. 7,34; 15,1-2.
- (69) Mt. 9, 9; Lc. 5, 27-31.
- (70) Mt. 8, 1-13.
- (71) Lc. 3, 14.
- (72) Lc. 19, 1-10.
- (73) Cf. Le. 19,8.
- (74) Mt. 6, 19-21. 24; 19,23-24.
- (75) Cf. Mt. 6, 25-34.
- (76) Cf. Mt. 6, 19.
- (77) Lc. 6, 15.
- (78) Lc. 7, 36-50.
- (79) Lc. 23, 39-42.
- (80) Cf. Lc. 1, 51-53.
- (81) Mc. 10, 31.
- (82) Cf. Mt. 11, 2-5.
- (83) Mc. 2, 17.
- (84) Mc. 12, 30.
- (85) Cf. Mt. 6, 25-34.
- (86) Mc. 11, 22-24.
- (87) Mc. 10,19.
- (88) Cf. Mt. 5, 20-48.
- (89) Cf. Mt. 6, 33.
- (90) Cf. Mt. 20, 1-15; Le. 12, 32; 14, 16-24; 15, 3-32; 17, 7-10.
- (91) Cf. Mt. 18, 23-25; 22,36-40; Le. 6, 35-36.
- (92) Cf. Mt. 6, 19-21. 24; 19,23-24; Le. 6, 24; 12, 15-21; 16, 19-31.
- (93) Cf. Mt. 18,1-5; 25, 31-46.
- (94) Cf. Mt. 5, 23-24; 7, 21.
- (95) Mc. 1, 22-27; Mt. 5, 20-28.
- (96) Cf. Mc. 3, 15.
- (97) Mc. 4, 39-41.
- (98) Cf. Mc. 11, 15-19, 27-33.
- (99) Cf. Mc. 1, 16-20; 2, 14; 10, 17-22.
- (100) Cf. Lc. 9,57-62; 14, 26-27; Mc. 8, 34-38; Mt. 10, 17-25.
- (101) Mt. 19, 27.
- (102) Jn. 6, 68.

- (103) 1 Pe. 1, 8.
(104) Cf. Puebla N° 227.
(105) Cf. Mt. 10, 1-40; 18, 1-21; 16, 17-19; 20, 20-28,18-20; Lc. 22, 24-26. 32;
Jn. 21, 15-17.
(106) Cf. Is. 42, 1-7; 49, 1-7; 50, 4-9; 52, 13-53, 12.
(107) Cf. Mt. 11, 28-30; 12, 18-21; 23, 2-4; Me. 10,45; Le. 4, 16-21; 22, 27.
(108) Cf. Lc. 23, 1-6;Jn. 11, 48-50.
(109) Cf. Mc. 8, 31; 9,12. 30; 10, 33-34.
(110) Cf. Mc. 10, 38. 45; Lc. 12, 50; Jn.10, 11-15; 12, 24-27,32;17,19.
(111) Cf. Jn. 15, 13.
(112) Cf. Mc. 14, 22-24; 1 Cor. 11, 23-26; Jn. 6, 51-55.
(113) Apoc.5, 6.
(114) Cf. Jn. 20. 19. 26.
(115) Mt. 28,20.
(116) Mc. 16, 20.
(117) Cf. Lc. 24, 49; Jn. 14, 16,26.
(118) Cf.Jn. 20, 22; Hech. 2,1-41.
(119) Cf.Jn. 16. 33.
(120) Cf. Jn. 14, 20-26; 16, 7-15.
(121) Rom. 5, 5.
(122) Cf. 1 Jn. 3, 1; Gal. 4, 5.
(123) Gal. 4, 5; Rom. 8, 14-17.
(124) Gal. 2, 20.
(125) Cf. Jn. 15, 26-27; Hech. 1, 7-8.
(126) Ev. Nunt. N° 46.
(127) Puebla N° 448.
(128) Cf. 1 Cor. 12, 1-13; I Jn. 4, 1-3.
(129) Hech. 1, 14.
(130) Cf. Ef. 3, 16-19.
(131) Cf.Mc.16, 15.
(132) Cf. Jn. 20, 21.
(133) Puebla, N° 413.
(134) Ev. Nunt., N° 19.
(135) Cf. Ef. 4,3 ss; L. Gentium, N° 4.
(136) Rom. 6, 5; Cf. 1 Cor. 12. 13; Gal. 3, 27; Col. 2, 12.
(137) Cf. Ef. 1, 22-23; 4,11-16;5,23-32.
(138) Cf. Mt. 18, 20.
(139) Cf. Gal. 3, 28.
(140) Cf.1 Cor.1, 11-13; 12, 13; Gal. 3, 26-28; Ef. 2, 11-22.
(141) Cf. Jn. 20, 24-29; Heb. 10, 23-25.
(142) Cf. 1 Cor. 10, 16-18; 11, 18-34; Jn. 6, 53-54.
(143) Cf. Jn. 6, 55-57.
(144) Cf. Jn. 6, 35. 48. 51.
(145) 1 Cor. 11, 27-29.
(146) Cf. 1 Cor. 10, 21.
(147) Cf. Jn. 1, 14.
(148) Cf. Mt. 10, 40; Lc. 10, 16; Jn. 13. 20.
(149) Cf. 1 Tes. 3, 13, 2; 2 Cor. 5, 20; 13, 3-4; Rom. 15, 17-19.
(150) Cf. Puebla N° 244.
(151) Puebla N° 244.
(152) Apoc. 1, 16.
(153) Cf. Jn. 10, 16; Puebla N° 247-250, 688; Juan Pablo II, Discurso inaugural de Puebla 11.
(154) 2 Tim. 4, 2.
(155) Puebla, 259. (155a) Puebla, 258.

- (156) 1 Cor. 10,17; 12, 13; Col. 1, 24; Ef. 1,23.
- (157) Cf. Apoc. 5 y ss.
- (158) Cf. Red. Hominis N° 13; Ef. 1, 9-10; Rom. 5, 15.
- (159) Cf. 1 Pe. 1, 19.
- (160) Cf. 1 Cor. 8, 12.
- (161) Puebla, N° 252.
- (162) Cf. Ef. 4, 30.
- (163) Cf. 1 Cor. 12,12.
- (164) Col. 3, 11; cf. 1 Cor. 12,13.
- (165) Discurso en la Rep. Dominicana, el 25-1-79; cf. Puebla N° 8.
- (166) Cf. Redemptor Hominis N° 8, 2: Puebla N° 331-334.
- (167) Jn. 1, 26.
- (168) Cf. Mt. 25, 31-46.
- (169) Mensaje a los Pueblos de A.L. N° 3.
- (170) Puebla, N° 31.
- (171) Cf. Puebla N° 513-520: Juan Pablo II, Discurso inaugural, III. 2.
- (172) Cf. Juan Pablo II en Guadalupe, N° 4: Puebla N° 1165.
- (173) Cf. Puebla N° 554-557.
- (174) Cf. Mt. 25, 31-40.
- (175) Cf. Puebla N° 241.
- (176) Hech. 4, 12.
- (177) Cf. Puebla 47-50, 311-314, 437, 493-506,542-552.
- (178) Sobre la relación anuncio-denuncia, Cf. Juan Pablo II, discurso a los obreros en Monterrey, México.
- (179) Lc.16, 13; Mt. 6,24.
- (180) Cf. Flp. 3, 21; Rom. 8, 19-22.
- (181) Redemptor Hominis N° 21, párrafo 4.
- (182) Flp.3, 12-14.
- (183) 1 Tes. 4, 17; Flp. 1, 23; 2 Cor. 5, 8.
- (184) Cf. Lc. 22, 14-18; Apc. 19, 9.
- (185) Flp.3, 21.
- (186) Cf. Rom. 8, 19-23. 29: 1 Cor. 15, 49.
- (187) Rom. 8, 29.
- (188) Cf. Flp. 3, 21.
- (189) Rom. 8, 21.
- (190) 2 Ped. 3, 13.
- (191) Cf. Apc. 19, 9: 21, 2. 19.
- (192) 2 Tim. 4, 8.
- (193) Cf. 1 Cor. II, 1.
- (194) Cf. Puebla, Mensaje a los pueblos de América Latina N° 8.
- (195) Cf. Jn. 15, 12-13.
- (196) Cf. Jn. 6, 69: Hech. 2, 27; 3, 14; 4, 27.
- (197) Mt.5, 48,
- (198) Cf. Mt. 5, 43-48: Lc. 6, 36.
- (199) 1 Pe. 2, 9.
- (200) Apc. 21, 5; cf. Is. 43,18-19.
- (201) Cf. I Cor. 16, 22.
- (202) Apc. 22, 17.
- (203) Apc. 22, 20.
- (204) Ef. 2, 14.

ANEXO PASTORAL

En la nota previa a esta Carta Pastoral se indica el sentido y el modo de utilizar el cuestionario presentado en este anexo.

INTRODUCCION

Nos volvemos a Jesús (párrafos N° 1-4)

1. Nuestros Obispos invitan este año a toda nuestra Iglesia a "volverse a Jesús": ¿significa esto elevar los ojos al cielo y evadirnos de nuestra situación real y de nuestros problemas? ¿Qué cree Ud.?
2. Si Ud. le abriera las puertas de su casa al Señor, y El entrara y le pidiera que le cuente cuáles son los principales problemas suyos y de Chile: ¿qué le diría Ud.?
3. ¿Qué cosa le pediría Ud. a Cristo -en este año de especial visita suya a nuestra patria- para poder enfrentar mejor, como cristianos, los problemas antes señalados?

Jesucristo siempre (N° 5-6)

4. ¿Qué es lo que más le llama la atención en esa visión de Cristo que nos relata San Juan en el libro del Apocalipsis?
5. ¿Qué cree Ud. que significan las palabras: "Yo soy el primero y el último y el Viviente"?
6. Si a Ud. le pidieran describir una visión de Cristo tal como Ud. lo ve o como lo descubre en la vida de la comunidad en la cual participa: ¿con qué aspecto, en qué actitud y diciendo qué cosas lo presentaría?

Un año de conversión a Cristo (N° 7 -13)

7. ¿Qué esperan nuestros Obispos y qué espera Ud. -personalmente y para su comunidad- como resultado de este año de Congreso Eucarístico?
8. ¿Ha escuchado a veces a otras personas presentar una imagen de Cristo que a Ud. le haya parecido deformada, incompleta o exagerada en algún sentido? Dé ejemplos.
9. ¿Cree Ud. que los Obispos pueden ayudarnos a descubrir una imagen más completa y verdadera de Cristo, que nos permita conocerlo mejor y encontramos más vitalmente con El? ¿Por qué?
10. ¿Cuál es la causa profunda de todas las divisiones entre los hombres? ¿Y qué nos invitan nuestros Obispos a hacer personalmente durante este año para avanzar "hacia la reconciliación de Chile" (N° 10)?
11. ¿Entiende Ud. lo que significa la expresión "pecado social" (N° 10)? Si no lo sabe, lea el N° 28 del Documento de Puebla.

12. ¿Qué puede ofrecer la Iglesia, como conjunto, para resolver los problemas de Chile?

Primera Parte: JESUCRISTO AYER

I. LA HISTORIA DE JESUS Y NOSOTROS

La vida histórica de Jesús (N° 14-16)

13. ¿Tenía Ud. claro, antes de leer el texto de los Obispos, que el Hijo de Dios, que existía desde toda eternidad junto al Padre y que actuó como su Palabra creadora al inicio del mundo, que Jesús de Nazaret y el Señor Resucitado, que reina ahora glorioso en el cielo, son la misma persona? ¿O todavía queda algo que no comprende bien?

14. Nuestros Obispos nos dicen que la lectura de los evangelios es el punto de partida indispensable para "conocer plena y auténticamente al Señor" (N° 16): y Ud., ¿los ha leído? ¿conoce los cuatro evangelios? ¿o sólo ha leído algunos trozos, contentándose con escuchar lo que los sacerdotes u otras personas refieren de ellos?

15. ¿Qué puede hacer Ud. -y su comunidad- para mejorar su conocimiento de los evangelios y de lo que realmente fue la vida de Cristo aquí en la tierra?

La lectura de los evangelios (N° 17 - 20)

16. ¿Cree Ud. que la renovación de la catequesis (especialmente a través de las reuniones de preparación para el Bautismo, la Primera Comunión, la Confirmación o el Matrimonio) ayuda a conocer mejor los evangelios? Cuento alguna experiencia, personal o ajena.

17. Cuando ha leído los evangelios, ¿cómo lo ha hecho? ¿Simplemente para "saber" más, o dejando que la Palabra de Dios lo "interpele", es decir, que lo invite a revisar y cambiar su vida en aquello que no se ajusta a las exigencias de Cristo?

18. ¿Por qué ha llamado Puebla a la Virgen "la pedagoga del Evangelio" (Puebla N° 290)? ¿Qué piensa Ud. acerca de la ayuda que Ella puede prestarnos para conocer mejor a Cristo y acoger su mensaje?

19. ¿Cómo podría Ud. y su comunidad aprovechar para su mayor conocimiento y encuentro vital con Cristo todo el material que el Congreso Eucarístico nos ofrece este año? {Los evangelios mismos; esta Carta Pastoral; las fichas especiales que está editando la Oficina Nacional de Catequesis; el recién aparecido libro "Jesús el Cristo", del P. Maximino Arias; el curso que ofrecerá TELEDUC (Canal 13) en agosto, en base a dicho libro, los boletines y cuadernos que edita el Congreso Eucarístico, etc.).

II. LA MISION DE JESUS

La "Buena Noticia" del Reinado de Dios (N° 21- 28)

20. ¿En qué consiste la misión que viene a cumplir Jesús? Explíquela tanto en relación a lo que Jesús anunciaba a los hombres como a lo que El afirma de Dios.

21. ¿Es Dios para Ud. -como para Jesús- "el único Absoluto" (N° 21), es decir, la meta y el criterio supremos para juzgar y decidir todas las demás cosas?

22. ¿Por qué el anuncio del reinado de Dios significa un "esperanzador mensaje" para el hombre (N° 22)? ¿Qué relación hay entre este "reinado" de Dios y la liberación del hombre?

23. ¿Qué cosas -o ídolos- le disputan con mayor frecuencia a Dios su lugar, llegando a "reinar" o "influir" en nuestra vida a veces con más fuerza que El? Nombre algunas de esas cosas que dificultan el "reinado de Dios" en su vida personal, en la de su comunidad o en Chile.

24. ¿Cuál es la forma más segura y más cristiana de salvar la dignidad y los derechos del hombre? ¿Por qué?

25. ¿Cuál es el rasgo más característico, que distingue la forma en que Dios ejerce su infinito poder de Rey? ¿Actuamos nosotros igual?

26. Ese "reinado de Dios" que anuncia Jesús ¿se refiere sólo al cielo, o comienza ya, de alguna manera, aquí en la tierra? ¿Cómo?

La Nueva Alianza de Jesús (N° 29-32)

27. ¿Por qué empieza con Jesús una etapa nueva en la historia de los hombres?

28. ¿Qué vínculos viene a establecer la Alianza de Jesús?

29. ¿Cuáles son los frutos principales de la nueva Alianza y cuál es su relación con "el reinado de Dios"? ¿Ha experimentado Ud. algo de estos frutos en su propia vida?

30. A esa Alianza de Jesús nos hemos incorporado todos nosotros, sellándola con El de un modo personal, al iniciar nuestra vida cristiana: ¿cuándo fue eso? ¿Y qué gran oportunidad nos ofrece la Iglesia -semanalmente- para recordar y renovar esa Alianza?

III. EL CONTENIDO DEL MENSAJE DE JESUS

Jesús y su Padre (N° 33-34)

31. ¿Coincide su imagen de Cristo -o la de su comunidad- con la que nos presenta el Evangelio? Es decir, ¿destaca con la misma fuerza, como el rasgo primero y fundamental de Jesús, su condición y actitud de Hijo frente al Padre?

32. Su fe personal y el ambiente de su comunidad ¿lo ha conducido a Ud. a identificarse con ese Cristo-Hijo? ¿Hasta qué punto puede Ud. decir, con Jesús, que "vive por su Padre" o que "su comida es hacer la voluntad del Padre"? ¿Ha logrado, a través de

Cristo, una intimidad tal con el Padre que le permita, en la oración, tratado de "Abba" (= papá), como el mismo Jesús lo hacía?

33. ¿Por qué puede decir Cristo "El que me ve a mí, ve al Padre" (N° 34)?

34. Sin apropiarnos la actitud de Hijo que tiene Cristo ante su Padre, podremos los cristianos ser testigos o "manifestación del rostro de Dios" (N° 34) para otros?

35. De las diversas afirmaciones de Jesús ¿cuáles son las que proclaman con más fuerza su total identificación con Dios, su Padre?

Jesús y los hombres (N° 35-40)

36. ¿Por qué considera Jesús hermanos suyos a todos los hombres? ¿Lo ayuda a Ud. ese mismo motivo que tiene Jesús, para aceptar y respetar a los demás, considerando también a cada ser humano un hermano suyo?

37. Mencione diversas actitudes de Jesús con las cuales El demuestra su voluntad de ponerse "al servicio de la vida humana" (N° 36).

38. ¿Qué afirmación -chocante para los oyentes de su tiempo- hace Jesús con el fin de destacar el carácter sagrado de la vida humana?

39. ¿De qué modo concreto actúa Jesús como "defensor" de "los pequeños, los pobres, los descalificados" y los pecadores (Nos. 37-38)? Ud. y su comunidad ¿proceden igual?

40. ¿Con qué signos demuestra Jesús que El es el Mesías "que debía venir" (Nos. 37 y 40)? ¿Podrá ahora reconocer la gente -a través de esos mismos signos- que Ud. y su comunidad son discípulos de ese Mesías?

41. ¿Hay algo -en las actitudes de Jesús frente a los hombres- que Ud. no se atrevería a imitar, porque también le chocan, o porque temería al qué dirán? Por ejemplo, ¿habría invitado Ud. a Mateo o a Simón el zelote, a formar parte del grupo de sus amigos íntimos?

42. Los criterios de Jesús para tratar a los hombres hacen caso omiso de la escala de valores corriente, de las costumbres sociales, del qué dirán, o de la "apariencia política" que algunos gestos suyos -frente a determinados amigos- pudieran tener. Sin embargo, nuestros Obispos dicen que son éstos los criterios que rigen cuando es Dios quien reina: ¿Qué podríamos decir acerca del reinado de Dios en Chile? ¿Son éstos los criterios que imperan en su medio social, en su lugar de trabajo, en los medios de comunicación?

El camino de Jesús (N° 41- 42)

43. Su camino personal y el de su comunidad ¿coincide con el "camino" de Jesús (NO 41)? Es decir, ¿apunta, como el de El, a darle a Dios el lugar que le corresponde, amándolo "con todo el corazón, con toda la inteligencia y con todas las fuerzas"? ¿O pareciera a veces que sus metas más importantes son otras?

44. ¿Se esfuerza Ud. -con el apoyo de su comunidad- por confiar en Dios como Jesús, por rezar como El, por obedecer sus mandamientos, por buscar ante todo su reinado, y por acoger su amor y su perdón? Intercambie con los demás acerca del gozo y de las dificultades que encuentra en todo esto.

45. El camino de Jesús exige amar y perdonar a los enemigos: ¿qué capacidad de perdón posee Ud.? Y en su comunidad ¿prima el ambiente de denuncia y condena de los pecadores, o el de perdón?

46. ¿Por qué las riquezas son un "peligro grave", que puede fácilmente apartarnos del camino de Jesús? Dé experiencias, propias o ajenas.

47. El "amor preferencial -pero no exclusivo- a los pequeños, a los pobres y a los que sufren" (NO 42) es un aspecto fundamental del camino de Jesús: ¿cómo tratan de vivirlo -en concreto- Ud. y su comunidad?

48. ¿Pueden, en algunos casos, entenderse de tal forma las prácticas religiosas o culturales que contradigan el espíritu del Evangelio? ¿Es posible tener una actitud dentro del templo y otra muy distinta en la vida diaria? Dé ejemplos.

Su llamado al seguimiento (Nº 43 - 45)

49. ¿Ha sentido Ud. alguna vez que el Señor le ha dicho: "¡Sígueme!"; ¿Cómo lo llamó El a integrarse en su comunidad? Cuente sus experiencias.

50. ¿Qué exigencias difíciles le ha significado a Ud. o a su comunidad la fidelidad al llamado del Señor?

51. "Seguir a Cristo" significa para Ud., en primer lugar, ¿seguir una "causa" o seguir a una "persona"?

IV. LA CULMINACION DE LA OBRA DE JESUS

La Iglesia de Jesús (Nº 46- 47)

52. ¿Cuáles son los lazos que hacen que me sienta hermano de los demás cristianos, en especial de los de mi comunidad?: ¿simple amistad humana? ¿la coincidencia en algunas ideas y gustos comunes? ¿o la conciencia de ser hijos de un Padre común y la voluntad de seguir el camino de Jesús? Analice la situación real de su comunidad.

53. ¿Es nuestra comunidad, como lo quería Jesús, "un esbozo o una presencia anticipada del reinado de Dios" (Nº 46)? ¿En qué cosas se manifiesta que Dios ya "reina" de algún modo en ella?

54. ¿Y cuál es la finalidad de mi comunidad?: ¿solamente saciar nuestras necesidades religiosas personales y encontrar un ambiente fraternal que nos acoja? ¿O nos sentimos también -con fuerza- responsables de "promover el reinado de Dios mediante la difusión del Evangelio de Jesús" (Nº 46)? ¿Cómo y a quiénes?

El Servidor sufriente (N° 48-52)

55. ¿En qué consiste la actitud de "servidor" de Jesucristo? ¿Y cómo trata de vivirla Ud. y su comunidad?

56. ¿Por qué, a pesar de su actitud humilde, despierta Jesús tanta hostilidad? ¿Qué dicen de El? ¿Y no continúan, a veces, diciéndose cosas parecidas de sus seguidores y de su Iglesia?

57. En lugar de resistir frente a la "conjura" (N° 51) de que es víctima, ¿qué hace Jesús? Y a Ud. ¿le ha ayudado su comunidad a saber convertir también sus propias dificultades en ocasiones para manifestar su fidelidad a las exigencias de Dios, su voluntad de entrega, y su capacidad para amar con un "amor nuevo" (N° 51) como el de Jesús? Cuento alguna experiencia de alguna dificultad grande que ha sabido aprovechar para crecer en su capacidad de amar.

58. ¿Por qué, "de entre todos los gestos de su vida" (NO 52), eligió Cristo el de su entrega a la muerte para convertirlo en su "Memorial", que renovamos en cada Eucaristía? ¿En qué ocasión -si puede contarlo- piensa Ud. que realizó su gesto personal de amor y de entrega más desprendido?

Jesús resucitado (N° 53-54)

59. ¿Qué quiso mostrar Dios al resucitar a Jesús?

60. ¿Qué nuevo significado recibe la muerte con la Resurrección de Jesús?

61. La Resurrección de Jesús ¿ilumina la actitud de Ud. frente a la muerte? ¿Qué siente, como cristiano, ante ella?

62. ¿Le ha tocado a Ud. haber sido -en su trabajo, o en determinado círculo social, o de otras maneras- perseguido o rechazado por haber tenido una postura cristiana y haber defendido los criterios de Cristo? Y si le sucedió, ¿quedó después amargado o fue capaz de creer que ése era "el camino de la vida" (N° 54)?

Segunda Parte: JESUCRISTO HOY

I. PRESENCIA DE CRISTO EN SU IGLESIA

Cristo presente en la Iglesia por su Espíritu (N° 55-64)

63. ¿Cree Ud. que Cristo ha cumplido su promesa de permanecer junto a su Iglesia "hasta el fin de la historia" (N° 55)? ¿Por qué?

64. Para Ud., la fe ¿es sólo un asunto de la cabeza (que consiste en "pensar" de determinada manera)? ¿o, con la ayuda del Espíritu Santo, se ha convertido verdaderamente en una experiencia y en una fuerza vital que le ayuda a resistir y vencer los embates de la vida y del mundo? ¿Cuáles han sido sus experiencias de fe más profundas?

65. El Espíritu Santo ¿es para Ud. un desconocido, o lo siente en su interior como presencia del Espíritu de Cristo? ¿Le ha ayudado su comunidad a abrirse a El y conocerlo?

66. Evangelizar o hacer apostolado ¿qué significa para Ud.? ¿Contar a otros cosas que "sabe" o transmitir una "experiencia"? ¿Qué personas -que Ud. haya conocido- le ha parecido que hablan de Dios a partir de su experiencia?

67. ¿En qué se distingue la acción del Espíritu Santo de la de otros "espíritus"?

68. Nuestros Obispos afirman que, sin oración, no podemos transformarnos nosotros ni mejorar a Chile: ¿por qué? ¿Cómo anda Ud. y su comunidad en el aspecto oración? ¿Cuánto dedica a ello cada día?

Cristo presente en la misión de su Iglesia (N° 65-69)

69. Además de darle profundidad a la presencia de Cristo en nuestros corazones, ¿en qué otro sentido hace presente al Señor el Espíritu Santo?

70. ¿Cuándo comenzó la presencia visible de Cristo y de su Evangelio en nuestra patria?

71. ¿Qué significa lo que dice Puebla: que nuestra cultura está "impregnada de fe" (N° 66)? Diga cuáles le parecen ser las huellas más importantes que Cristo ha dejado en Chile: en su historia y su cultura.

72. ¿Cuál es "el más hermoso y noble regalo de Cristo a nuestra patria"?

73. ¿Conoce chilenos que hayan vivido heroicamente su fidelidad al Evangelio y a quienes Ud. considere muy cerca de la santidad? ¿Hay gente así cerca suyo?

74. ¿Cómo podríamos ser fieles hoy a la herencia cristiana que nos dejaron las anteriores generaciones de evangelizadores? ¿No siente que Cristo lo está llamando también a Ud. -y a su comunidad- a ser misionero? ¿Dónde -en qué lugares o ambientes de Chile- tiene Ud. la oportunidad de hacer presente a Cristo de alguna manera, sea por su palabra o su testimonio?

Cristo presente en la Comunidad Eclesial (N° 70-74)

75. ¿Ha experimentado Ud. que la participación activa en la vida de la Iglesia conduce a un encuentro más pleno con el Señor, presente en ella?

76. ¿Recuerda alguna promesa de Cristo acerca de su presencia en la comunidad cristiana? ¿Ha experimentado que eso es cierto? ¿Cómo? Cuente sobre alguna ocasión especial.

77. En relación con la presencia de Cristo en su Iglesia, ¿qué dice San Pablo que significan las divisiones entre cristianos?

78. En la comunidad en que Ud. participa, ¿ha habido tensiones y conflictos que Uds. han sido capaces de superar y de convertir -con la ayuda del Señor- en ocasión de crecimiento para todos?

79. ¿Conoce "cristianos a su manera", que buscan vivir la fe por su cuenta? Dé ejemplos, y explique luego por qué los Obispos dicen que puede sucederles lo mismo que al apóstol Tomás.

Cristo presente en los Sacramentos y la Eucaristía (N° 75-81)

80. ¿Ha experimentado Ud. los sacramentos como lugar de encuentro con Cristo? Cuente de qué manera.

81. La participación en la Eucaristía ¿qué compromisos supone, de parte nuestra?

82. ¿Con qué frecuencia comulga Ud? ¿Ha sentido alguna vez "necesidad" o "hambre" del Cuerpo y la Sangre de Cristo?

83. ¿Cómo debemos entender la advertencia de San Pablo en el sentido de que, si comulgamos indebidamente, podemos "comer y beber nuestra propia condenación"? ¿Qué tipo de sinceridad o de relación entre nuestra fe y nuestra vida nos exige la comunión?

84. ¿Significa lo anterior que sólo los santos pueden comulgar?

Cristo presente en su Palabra y en los Pastores (N° 82-87)

85. ¿Por qué la Iglesia llama también "pan" a la Palabra de Dios?

86. ¿A qué nos llama siempre -de uno u otro modo- la Palabra de Dios?

87. ¿Cómo puede la Palabra del Señor ser "Buena Noticia" y ser dolorosa a la vez? ¿En qué ocasión especial la ha sentido más que nunca como "Buena Noticia"?

88. ¿Ha sentido alguna vez que la Palabra de Dios se dirigía a Ud. tajante como una espada? ¿Puede contar alguna experiencia?

89. ¿Cuáles son las dos ocasiones principales en que Cristo se hace presente a través de los ministros o pastores de su Iglesia? ¿Por qué es importante recordar hoy día, en Chile, que Cristo nos habla y se hace presente a través de la voz de los Obispos?

90. ¿Qué entiende Ud. por "Enseñanza Social" de la Iglesia? Intente explicarlo y lea después los Nos. 472- 479 de Puebla.

91. ¿Qué tipo de unidad deben promover y fomentar los Obispos?

92. ¿Conoce algo de las enseñanzas que Cristo nos ha dado últimamente a través del Concilio Vaticano II, de los Papas, de Medellín y de Puebla? Y, fuera de esta carta pastoral, ¿qué otros documentos del Episcopado chileno había leído o estudiado antes?

93. ¿Cómo debe reaccionar un cristiano ante la palabra de sus pastores? ¿Por qué? ¿Y qué tipos distintos de reacciones ha observado en la gente que lo rodea ante algunos pronunciamientos de los Obispos?

II. OTRAS FORMAS DE PRESENCIA DEL SEÑOR

Cristo presente en los hombres (N° 88- 94)

94. ¿Qué tiene que ver el "señorío de Cristo sobre toda la historia" (N° 88) con su presencia más allá de los límites visibles de la Iglesia?

95. ¿Por qué la dignidad de cada persona humana es algo sagrado? ¿Y por qué su atropello constituye "un sacrilegio contra el mismo Cristo" (N° 89)?

96. ¿Cuáles son las formas más frecuentes de atentar contra la dignidad de las personas en el barrio donde Ud. vive, en el lugar donde Ud. trabaja o, incluso, a través del modo de tratarse unos a otros en muchas familias que Ud. conoce?

97. ¿Por qué dicen nuestros Obispos -en relación con este tema de la dignidad humana- que hay signos "de que el reinado de Dios está creciendo entre nosotros" (N° 92)?

98. ¿De qué manera puede convertirse nuestro amor y lucha por el hombre en un "testimonio evangelizador" (N° 93)?

99. ¿Se ha encontrado Ud. con hombres que no conocen al Señor, pero en cuyo corazón ha sentido Ud. la presencia oculta y activa de Cristo? Dé ejemplos.

Cristo presente en los que sufren (N° 95-104)

100. ¿Recuerda lo que dice ese texto de Mateo 25,31-46, en que Cristo, refiriéndose al Juicio final, proclama de manera tan impresionante su identificación con los hombres que sufren? Trate de reconstruirlo, y luego léalo en el Evangelio y comente lo que más le impacte.

101. ¿Cómo nos pide Puebla "asumir la causa de los pobres" (N° 96)? ¿Y por qué?

102. ¿Motivos de qué tipo impulsan a nuestros Obispos a intervenir en favor de los pobres y los postergados, y por qué es inevitable (N° 79) que tales intervenciones produzcan efectos que se prestan a malos entendidos?

103. ¿Qué hecho, en la vida de nuestra Iglesia chilena, hace decir a nuestros Obispos - con gran alegría- que Jesús ha estado presente últimamente entre nosotros? Esa presencia del Señor a que ellos se refieren ¿cómo se ha manifestado en su comunidad? Y Ud., personalmente, ¿ha recibido alguna de las gracias que los Obispos mencionan, como regaladas por Cristo a muchos cristianos chilenos (N° 99)?

104. ¿De qué tipo específico de solidaridad con los pobres debemos de ser signo los cristianos? ¿Y cómo piensa Ud. que estamos dando dicho signo en Chile? ¿Qué dicen los Obispos?

105. ¿Por qué dicen nuestros Obispos que "la solidaridad" o "la causa de los pobres", entendidas como realidades desligadas de Cristo, no pueden salvar? ¿Cree Ud. que cosas tan nobles como éstas puedan también degenerar y llegar a convertirse en nuevos ídolos, que reemplacen a las antiguas idolatrías de la libertad absoluta y la riqueza individual, y que también terminen separándonos del Dios-Amor?

106. ¿Qué nos han enseñado nuestros Obispos acerca del peligro idolátrico del capitalismo, el marxismo y la doctrina de la seguridad nacional? Intente responder y después consulte los textos de Puebla, indicados en la nota N° 177 del párrafo N° 104.

Cristo presente en el progreso humano (N° 105 -1 07)

107. ¿De qué manera se relaciona Cristo con el progreso humano? Nombre algunas cosas que puedan ser indicios de su presencia en él.

108. ¿Podemos los cristianos adherir incondicionalmente a los diversos sistemas o ideologías humanas que se nos proponen como caminos de progreso? ¿Qué criterios deben orientarnos para saber qué iniciativas apoyar y cuáles no?

109. ¿Qué significa que el trabajo humano -en la medida en que va mejorando la vida de los hombres y el mundo- es una participación "en el señorío que Cristo Resucitado ejerce sobre todo el universo" (N° 107)? ¿Qué le parece lo contrario a ser "señores" de la creación, junto con Cristo?

110. ¿Ha hecho Ud. la experiencia de que el trabajo dignifica y libera, y que lo acerca a ese Cristo "Señor"? ¿O, dadas las condiciones en que lo realiza, lo siente más bien como algo que lo agobia y esclaviza? Cuente experiencias de ambos tipos.

111. ¿En qué sentido trabajar por humanizar la vida puede ser "una forma de expresar nuestra fe en Cristo" (N° 108)?

Tercera Parte: JESUCRISTO MAÑANA

Hacia el encuentro definitivo (N° 108 -114)

112. ¿Qué significa que ninguna experiencia histórica "agota a Cristo" (N° 109)?

113. ¿Ha sentido Ud. que después de cada encuentro con el Señor -aun de los más hermosos- queda siempre cierto vacío y el anhelo de algo más todavía? Cuente algunos ejemplos.

114. ¿Podemos los cristianos ser "conformistas" o "nostálgicos" (N° 110)? ¿Hacia dónde debemos siempre buscar a Cristo?

115. ¿Hasta qué punto se asemeja su anhelo de Cristo al que nos manifiesta San Pablo (N° 111)? ¿Podría decir Ud. que toda su vida se dirige a una sola "meta": la de alcanzar a Cristo?

116. ¿Cuándo podrá realizarse -recién- nuestro "encuentro definitivo con Cristo" (N° 112)? ¿Y qué características tendrá?

117. ¿De qué modo repercutirá en el mundo y la tierra ese encuentro final de Cristo con los hombres?

Hacia una "civilización del amor" (N° 115 -119)

118. ¿De qué modo los que anhelamos "la plena y definitiva manifestación de Cristo" (N° 115) nos vemos movidos a trabajar "desde ya" por la transformación de la historia?

119. ¿Por qué valores -de esos que tendrán "plena vigencia" cuando llegue el reinado final de Dios y de Cristo- está luchando Ud. ahora de un modo especial? Cuente cómo y dónde trata de vivirlos.

120. ¿Sabe y entiende Ud. lo que pide Puebla cuando nos llama a construir una "civilización del Amor" (N° 115) en América Latina? Aporte lo que sepa y lea, en el Documento de Puebla, el N° 8 de su Mensaje inicial, págs. 49.52. Después comente lo que le haya parecido de mayor importancia.

121. ¿Por qué los cristianos nos sentimos con el derecho y el deber de participar en la "discusión y decisión" del futuro de Chile (N° 116)?

122. ¿Qué tipo de hombres necesita Cristo para construir esta "civilización del amor"? ¿Qué dicen los Obispos? ¿Qué otras características más concretas agregaría Ud.?

123. ¿Qué relación existe entre el esfuerzo por construir "una civilización del amor" y la lucha por la santidad? ¿Entiende Ud. su amor a Cristo como un deseo real de asemejar su vida a la vida santa del Señor?

124. Los santos ¿le parece a Ud. que son personas "evadidas" de nuestra problemática terrestre o, por el contrario, grandes forjadores de historia, como Jesús, "el Santo de Dios"? ¿Qué santos conoce que hayan influido poderosamente en la historia del mundo? Después de responder, lea lo que dice Puebla sobre los santos de América Latina (Documento de Puebla N° 7, 8 Y 252).

Como María (N° 120-123)

125. ¿Con qué gran súplica -tomada del Apocalipsis- terminan nuestros Obispos su carta? ¿Está elevando Ud. esa misma súplica, al rezar la "Oración del Congreso Eucarístico"? ¿Conoce esta oración? ¿Qué es lo que más le gusta en ella?

126. ¿Cómo debe ser, según nuestros Obispos, la fe con que los cristianos de Chile debemos implorar la venida del Señor en este año? En relación con lo que ellos dicen (N° 122) ¿qué es lo que más dificulta la fe de usted?

127. ¿Cómo fue la fe de María a lo largo de su vida? ¿Por qué nuestros Obispos la proponen como modelo de nuestra fe? Responda y trate de leer los Nos. 290 y 297 de Puebla.

128. ¿Qué significa abrirle las puertas a Cristo "como María en la Anunciación"? ¿Y en qué cree que debería esforzarse -Ud. y su comunidad- para imitar la actitud de la Virgen?

129. ¿Le han ayudado los Obispos, con esta Carta Pastoral, a conocer mejor y más vitalmente a Cristo? ¿Ha sentido gracias a ella al Congreso Eucarístico como un gran llamado a nuestra conversión al Señor? ¿Cuál ha sido el principal impacto de esta carta en Ud. y en su comunidad?